

the 1990s, the incidence of *S. pneumoniae* meningitis in children has increased in the United Kingdom [10].

There is a need to identify the risk factors for meningitis in children. The present study was designed to determine the risk factors for meningitis in children in the United Kingdom. The study was carried out in a large, multi-centre, population-based study of meningitis in children in the United Kingdom.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.

The study was carried out in the United Kingdom, where the incidence of meningitis in children is high.





El infierno vacío

Leonel Pérez Mosqueda obtuvo el premio único de cuento en el Certamen Estatal de Literatura “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2016. El jurado estuvo integrado por Agustín Alonso Morales Guzmán, Amelia Suárez Arriaga y José David Coronado García.

Este libro fue escrito con el estímulo del Fondo para la Cultura y las Artes del Estado de México, en 2014.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

LEONEL PÉREZ MOSQUEDA

El infierno vacío



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Elizabeth Vilchis Pérez
Secretaria de Educación

Eduardo Gasca Pliego
Secretario de Cultura

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Elizabeth Vilchis Pérez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego, Luis Alejandro
Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

El infierno vacío

© Primera edición: Secretaría de Educación y Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado
de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

DR © Ciudad Deportiva “Lic. Juan Fernández Albarrán”,
Deportiva núm. 100, colonia Irma Patricia Galindo
de Reza, C.P. 51350, Zinacantepec, Estado de México.

© Leonel Pérez Mosqueda

ISBN: 978-607-495-573-6

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/17/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio
o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México,
a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Para Gabriel

Sentimos que, aun cuando todas las posibles
cuestiones científicas hayan recibido respuesta,
nuestros problemas vitales todavía
no se habrán rozado en lo más mínimo.

WITTGENSTEIN

Historia de la marsopa que baila charlestón

(Final interrumpido por hambre)

Un tema claro en su estructura evitará meses de trabajo disperso.

Escribir es un arte, más amigo de la ciencia que del arte mismo.

En la ciencia, como en la literatura, la búsqueda no es error, sino esencia del método.

La literatura es amiga del boxeo, no del arte.

“¿Y dónde dejas la inspiración?”, preguntan algunos escritores. Yo los envidio involuntariamente (no se necesita voluntad para envidiar) porque dicen conocer la inspiración. Aseguran que es una cosa más bien divina, como Dios.

Yo nací averiado del músculo de la inspiración. Quiero decir que no la conozco.

Tampoco he conocido a Dios.

Aun así tengo fe en la posibilidad de que escribir suceda.

A diferencia de aquellos que escriben en estado de trance, cautivados por la musa y el estro, yo debo encontrar el arte en la observación, y no hay mejor alimento para la observación que un buen paseo.

Suelo caminar durante horas. Entre calles cuento el tiempo y los pasos del tiempo. Descubro en la pared una grieta, la acaricio con el dedo y digo Grieta, hola, Grieta. Recojo una flor, una piedra; puede ser cualquier piedra. Qué mejor si es redonda. Entonces toco la piedra, le cambio el nombre, la llamo Dios o Inspiración o Moneda; luego tomo por asalto un teléfono público y lo convierto en altar. Ahí coloco esa piedra que ya no es piedra sino Dios, Inspiración, Moneda, y rezo como habría de rezar a un dios olvidado y personal. Rezo pues, de pie, aunque llueva, hasta que alguien detrás de mí dice oye, muévete que voy a hacer una llamada.

Abandono el altar telefónico. Tomo mi piedra que ya no es Piedra ni Dios y la llamo Moneda. Me echo la moneda al pantalón y voy a comprar cigarrillos. La chica del autoservicio me da los cigarrillos. Coloco la moneda; en su mano, miro a la chica y espero el cambio, el vuelto, la diferencia... ¡Esto es una piedra!; dice la chica, yo digo que es una moneda; ella insiste que es una piedra; yo insisto que es una moneda; el gerente dice que es una piedra; yo insisto que es una moneda; el policía insiste que es una piedra; yo insisto que es una moneda; la fila de gente furiosa grita que es una piedra; yo les grito que es una moneda. El policía me ordena que agache la cabeza para entrar en la patrulla, que agache la cabeza para salir de la patrulla, que levante la cabeza para tomarme la foto, que agache la cabeza para escribir mi nombre en el acta, pero escríbelo bien, me exige, ¡el verdadero nombre!, me exige, o no tendrás derecho a tu

llamada; ¡ah!, tengo derecho a una llamada; devuélvame entonces mi moneda. ¿Cuál moneda? La que usted me quitó. El policía se consterna. ¡Ah!, querrás decir tu piedra. Yo insisto que es una moneda; él insiste que es una piedra. Yo insisto que es una moneda; él insiste que es una piedra; yo insisto que es una moneda; él insiste que es una piedra; yo insisto que es una moneda; él ya no insiste en nada: me entrega de mala gana la moneda y se coloca detrás de mí cruzado de brazos. Estoy a punto de insertar la moneda en la ranura hasta que... Disculpe, le digo, ¿podría dejarme solo para hacer mi llamada? Sólo solo, no necesito más, y el policía dice que no, que quiere ver cómo introduzco mi piedra en el teléfono. Discutimos de nuevo, a los gritos. Los gritos despiertan a un tal comandante No Sé Qué. El comandante No Sé Qué le dice al policía que me deje hacer la llamada a solas. Sólo a solas, le digo, no necesito más. El policía le explica al comandante No Sé Qué de la moneda-piedra; el comandante se limpia las legañas, se suena los mocos, gruñe, me arrebató la moneda, achica los ojos, examina mi moneda y dice ¡esto es una piedra! Entonces me toma del brazo bien fuerte y dice quiero que metas esta chingadera de piedra en el teléfono, y si no lo haces, te voy a dar una putiza por burlarte de la autoridad. Querrá decir de-lau-to-ri-dad, mi comandante, le corrijo, pero no me hace caso, me entrega la moneda y me empuja hacia el teléfono y yo pienso que el mundo se ha vuelto loco loco loco. No importa; tomo la moneda, la introduzco en el teléfono, marco tu número y te digo hola, oye, ¿qué crees?, fíjate que estoy detenido porque... Tú suspiras muy fastidiada diciendo déjame adivinar: otra vez tu pinche piedra, ¿verdad? Es verdad, te digo, y los policías se miran sorprendidos y abren enormísimamente los ojos diciendo ¿Cómo lo hizo,

cómo lo hizo? Y los dejo que se revuelquen en su sorprendidez, porque estoy muy concentrado tratando de convencerte de pagar la fianza, pero sueltas una carcajada y dices ¿pagar la fianza? Ja, ja, ja, estás pero si bien loquito, sabes que no puedo hacer eso. ¿Por qué no puedes? Pues porque soy tu conciencia, y las conciencias no usamos dinero. Ah..., te digo. Pues ah..., me dices.

Entonces una marsopa marina salta por la ventana, devora al policía, luego al comandante No Sé Qué, que por estar muy gordo, se le atora en la garganta. Pobre marsopita, pienso, y me apresuro a patear al comandante en el culo hasta que la marsopa logra engullirlo. Entonces guardo mi piedra —un poco ensangrentada— en el bolsillo de la camisa, junto al corazón. Saco mi armónica en Si bemol y tomados del brazo la marsopa marina y yo salimos del Ministerio Público, bailando charlestón, muy contentos.

Tengo hambre.

Aguacate

“Se levantó, desayunó y salió a trabajar. Realizó esta peligrosa operación todos los días”.

Si este fuera mi epitafio, nadie dudaría que fui feliz.

Jueves húmedo, nublado; poca actividad en la oficina. En Radio Universidad transmiten un programa especial sobre Albert Camus. La locutora explica que el filósofo abordó profundísimos aspectos de la condición humana “...como el hecho de que seamos el único animal que sabe que morirá”, dice, acentuando el hallazgo. “¡Qué idea más profunda!”, pienso, rascándome la barbilla.

Media hora después la idea me sigue pareciendo profunda: “Caray, que seamos el único animal que sabe que morirá...”, la locutora opina que saberlo nos da una ventaja sobre los animales; incluso, sobre nosotros mismos, “...porque saber que tenemos los

días contados no es una tragedia, al contrario; nos motiva a despertar cada mañana y superarnos”. Me pregunto quién llevará el conteo de mis días. Sería bueno saber cuántos días me quedan, aunque de saberlo —estoy seguro— nada cambiaría.

Me pregunto además si los compañeros de la oficina estarán escuchando el programa desde sus computadoras, si han leído a Camus o se han enterado por otras fuentes sobre eso de que uno se va a morir. Yo no he leído a Camus. Sé que ganó el Nobel porque escribió algo sobre un idiota sentenciado a morir en la guillotina por dispararle a un árabe. Sé que escribió eso, pero nada más.

Doy un sorbo a mi café. Contemplo la oficina: gente inmersa en sus máquinas redactando notas; la mayoría bosteza y aporrea las teclas con desgana. Otros reposan la cabeza en los antebrazos, o aprovechan un descuido de la supervisora para tomar la siesta.

Arriba del reloj checador un tablero marca 241 días sin accidentes este año. Deberíamos tener uno de éstos en casa, que marcara los días que nos quedan de vida. Algo que nos recordara que vamos a morir.

Qué pasaría si mañana, junto al reloj checador, colgara un letrero que dijera:

“¿Sabía usted que, eventualmente, morirá?”

Sé que voy a morir, pero eso no me ha dado ninguna ventaja sobre nada. Ni siquiera sobre otros animales. Hasta el bicho más pequeño es capaz de meterme en problemas. Verán: hace un mes perdimos tres días de trabajo por labores de fumigación. Resulta que detrás de mi monitor apareció una araña venenosa y se teme que tenga críos. Los compañeros me culparon del incidente. En el baño escuché al de Sistemas quejarse: “Si ese idiota hubiera matado a la maldita araña no habríamos perdido tres días de trabajo”.

Lo cierto es que tenía razón: la araña apareció por atrás de mi escritorio y comenzó a caminar tranquilamente sobre el teclado. Se movía con tanta soltura, con cierto garbo, que jamás me cruzó la idea de matarla, y mucho menos que fuera venenosa; así que no hice nada cuando rodeó mi taza de café para luego dar un simpático brinco hacia el brazo de la monitorista de Internacionales, que tomaba su siesta matutina. Cuando sintió el cosquilleo de unas patitas peludas en el brazo, lanzó un grito —más bien un alarido— que retumbó hasta el tercer piso, cayó de espalda, y como un resorte, se incorporó y echó a correr entre los escritorios, iniciando el pánico colectivo.

Al día siguiente me interrogaron. Querían saber por qué no intenté matarla —a la araña—. Pensé decir la verdad, pero decidí mentir: alegué que lo había intentado, pero mis reflejos fueron lentos. En realidad tuve todo el tiempo del mundo para aplastarla con mi taza, pero no soy de los que andan por la vida machacando animales, aunque sean insectos, aunque sean venenosos. Entiendo que puse en riesgo la salud —tal vez la vida— de mi compañera, pero si nos apegamos al sentido técnico de la situación, ella debió estar despierta en su puesto de trabajo, atenta a cualquier evento. La araña no tenía la culpa de ser venenosa.

“—Así que intentaste matarla, pero no lo conseguiste —dice mi supervisora durante el interrogatorio.

—Así es —contesté.

—Pues la cámara de seguridad reporta lo contrario —dice la supervisora con un gesto sobreactuado. Reproduce en su pantalla el video de seguridad: ahí está la araña, moviéndose libremente sobre mi escritorio, mientras yo la contemplo dando sorbos a mi

café. La supervisora congela la imagen en el punto exacto en que la monitorista se estrella en el suelo, con los ojos apretados y un rictus de dolor tan ridículo que me produce una leve risita. Eso le molesta aún más. Levanta una ceja en espera de mi respuesta.

—Bueno... más bien quise decir que *pensé* en matarla, pero no actué con rapidez —la supervisora mantiene sobre mí esa incómoda mirada de directora de escuela.

—Lo que hiciste fue muy negligente. La compañera de Internacionales me ha pedido que te cambie de lugar. No se siente segura a tu lado —dice la supervisora jugueteando con un bolígrafo. Guarda silencio. Es bastante mala para generar suspenso—, pero bien sabes que no tenemos mucho espacio en el área, así que tendrás que recorrer tu escritorio al fondo de la oficina, junto al archivo muerto”.

Estuve a punto de brincar de felicidad, pero debía mantener las apariencias, fingir que el castigo me había afectado. Dije, para disimular, que me parecía injusto, pero si no había más remedio debía resignarme al castigo... Siempre quise mover mi escritorio hasta este fondo oscuro del pasillo. Nada tan relajante como vivir junto al archivo muerto y disfrutar de uno de mis mayores placeres: ¡el placer de que me dejen en paz!

Sigo atento a los comentarios de la locutora, pero el programa termina y ni ella ni Camus explican por qué somos el único animal que sabe que morirá.

Regreso a mis labores.

Atiendo el noticiero de Finanzas, redacto con cuidado la última fluctuación en las tasas de interés. Procuero la rutina, el paroxismo

tranquilo. Hace tiempo que ignoro sin remordimientos el sexo y los amigos, los cigarrillos y toda diversión que me exija salir o levantar un teléfono, abrir una puerta o preguntarme sobre el futuro. Sólo me falta dejar de pensar. Confieso —con algo de vergüenza— que a veces me da por pensar. Es inevitable que el pensamiento se infle, tiemble. Luego se endurece, como una piedra en la cabeza. El dolor se vuelve insoportable y tengo que escribir lo pensado. Escribir hace que duela menos, que pueda —al menos por un rato— no sentir dolor y hacer mis labores.

Trabajo redactando noticias.

A las 6:30 a.m. preparo café y desayuno una torta de jamón todos los días.

Comer una torta de jamón con mucho aguacate es una sensación maravillosa, mística.

Tengo un amigo; se llama Armando. El último viernes del mes voy a su casa a beber güisqui y a comer tortas de jamón. Es mi único amigo; también es matemático, filósofo y teólogo. A veces me pregunta por qué creo en Dios. Siempre contesto lo mismo:

—Creo en Dios porque inventó los aguacates —siempre, siempre contesto lo mismo. Tengo fe.

Redacto muchas noticias en la agencia de noticias.

Con frecuencia tengo que redactar alguna tragedia internacional.

“Terremoto en Haití. Mueren cien mil personas”, dicen los titulares.

Cien mil personas.

Me pregunto cómo han podido contarlas a todas.

“La felicidad es una desgracia”, escribió alguien en Twitter antes de suicidarse.

8:40 a.m.

Hora de mi segundo café con leche y mi concha de vainilla. Soy adicto a esos panes esponjosos que transpiran azúcar.

Me dirijo a la cocineta y coloco mi taza bajo el surtidor de café. Escucho su borboteo caliente y el mundo se reconstruye, incólume y hermoso. “Todo es perfecto”, pienso, y doy un sorbo a mi café. Imbuido de una repentina sensación de felicidad, veo mi viejo escritorio junto al archivo muerto y me siento como la pieza de un enorme lego, colocada en el lugar correcto. “Todo es perfecto”, murmuro de nuevo y cierro los ojos, dando otro sorbo saludable a mi café. Entonces un monitorista de Espectáculos se acerca —demasiado: puedo sentir su respiración en la nuca— y me observa con su sonrisilla maliciosa.

No soporto las cercanías; siempre tengo la impresión de que alguien va a enterrarme algo filoso en la nuca o en las costillas.

—Es dura la tragedia de Haití, ¿no crees? —dice el monitorista de Espectáculos y me toma del brazo (¿para qué?, ¿para expresar fraternidad, simpatía?, ¿para enterarme de sus visitas al gimnasio?, ¿para comprobar que mi brazo es blando y débil comparado con la dura y fuerte tragedia de Haití?). Por su culpa derramo mi café—. Es horrible cómo ha sufrido esa gente, ¿no crees? —creer... esa palabra. Entonces YO me pregunto por qué ÉL me pregunta sobre gente que hace una semana no tenía nada que ver con nosotros.

Tuvieron que morir cien mil haitianos para que un compañero de la oficina se aferrase a mi brazo.

¿Alguno de los cien mil haitianos habrá leído a Camus; alguno de ellos sabría que moriría?

Quiero regresar a mi escritorio, estar en paz. Sentirme de nuevo una pieza de lego acomodada en el lugar correcto y ejercitar el paroxismo silencioso. Pero el monitorista de Espectáculos espera mi respuesta. Ya no sonrío, al contrario; arruga la ceja y quizá piensa que soy un grosero o un idiota porque me he quedado callado, contemplando la cafetera con cierta devoción, como si ella tuviera la respuesta, como si fuera Dios... ¡No! Una cafetera siempre será superior a Dios, porque todas las mañanas, al apretar su botón, suelta un agua oscura que me despierta y me da energía y me hace sentir que todo es perfecto, pero Dios nunca me ha despertado ni me ha dado energías ni me ha mostrado perfección alguna.

¿Por qué Dios no puede ser tan eficiente como una cafetera?

¿Dónde está el botón de Dios?

El monitorista de Espectáculos suelta mi brazo; sabe que le debo una respuesta. Lo escucho pensar: “Oye ¡me debes una respuesta!” y entro en pánico. No quiero deberle algo que no he pedido. Yo sólo quería tomar mi segundo café para acompañar la concha de las 8:40. Pero debo ser valiente, arriesgarme a decir los tópicos del día: “Haití, Santo Cristo, es terrible. Sí, Haití... y la humanidad, sí, la humanidad es terrible, sí... la solidaridad, la ayuda, la política, es terrible... terribleísimo, sí...”.

Pero sigo callado. El monitorista se ve obligado a mostrar la verdadera intención de su acercamiento: me dice que nuestro departamento “acordó de común acuerdo” (*sic*) donar el diez por ciento de su sueldo en apoyo a los haitianos. “Todos ya donamos; sólo faltas tú”, dice el monitorista de Espectáculos, esperando mi respuesta.

Todos los días mueren cien mil personas, quizá más; pero es necesario verlas juntas, ver sus brazos y torsos y rostros revueltos en su muerte para que el corazón se apiade.

La piedad exige un rostro.

Exige además la posibilidad de que los piadosos se muestren.

Ayer era día de beber güisqui y comer tortas de jamón con Armando. Veo el reloj. Ya casi es la hora de salir. La recepcionista me hace una señal con la mano, un poco sorprendida porque nunca recibo llamadas. Era Armando.

—Lo siento, amigo, debo cancelar de última hora. Voy al centro de apoyo a los hermanos haitianos.

—Caray. No sabía que tenías hermanos haitianos.

—Todos en este mundo son mis hermanos.

—...

—¿Lo dejamos para el próximo viernes?

—Está bien —le dije. Colgué y regresé a mi mesa, tratando de sacudirme la incestuosa frase “Todos en este mundo son mis hermanos”.

Por la tarde, sentado en la orilla del sofá, veía un programa de concursos con mi madre. Durante los comerciales daba silenciosos mordiscos a mi torta de jamón con su demiurgo aguacate cuando Armando llamó. Se sentía mal por cancelar nuestra comida. “No hay problema”, le dije, “la familia es primero”. Durante la charla me platica sobre una señora que se puso furiosa porque, luego de entregar unos pañales genéricos, escribieron mal su nombre en la lista de donadores.

“Nota mental”, pensé, “la piedad exige un rostro, y además un nombre”. No imagino a un casco azul de la onu diciendo a una

madre haitiana: “Estos pañales fueron donados por doña Fulanita; le envía saludos”; qué peculiar necesidad la de aquella mujer reclamando su identidad. Dudo que ella supiera los nombres de los cien mil haitianos muertos.

No sé cuánto tiempo llevo pensando estas cosas, pero el monitorista de Espectáculos ahora me mira como a un loco. Trato de ganar tiempo girando la cucharita en el café, muy despacio, pensando en esa respuesta que le debo. “Bien, ¿quieres una respuesta?”, digo en mi cabeza (todo lo que ocurre en mi vida sólo sucede en mi cabeza), “ésta es mi respuesta: no pienso donar un carajo; ¿y sabes qué? Si mañana la humanidad fuese borrada del planeta por... no sé, un manotazo colérico de Dios, lo único lamentable sería que mi torta de jamón no llevara aguacate. Así que ya te puedes andar a la mierda”. Me gustaría decirle esto al monitorista de Espectáculos porque, además, estaría diciendo la verdad: no puedo imaginar una tragedia más grave en mi vida que comer una torta de jamón sin aguacate. Eso me ocurrió hace un año. Lo recuerdo muy bien porque sucedió en medio de otra tragedia: el chico que llevaba las tortas a la oficina fue brutalmente apuñalado; se resistió a un asalto y fracasó. Su cuerpo —abierto en canal junto a la motoneta de entregas— cubría la portada del periódico local.

Algunos compañeros acumularon en una pizarra los detalles sobre su muerte: cuánto dinero le hurtaron, la cantidad de puñaladas recibidas y los artículos que transportaba. Los monitoristas de Nota Roja recortaron algunas fotografías del diario para mejor análisis: “Mira, ¿ves la cosa envuelta en aluminio? Es el sándwich de pollo que le pedí aquel día”.

Pero la vida sigue, y la gente tiene que comer. Cuando el nuevo repartidor llegó al edificio, una ola de curiosos lo abordaron, y de inmediato improvisaron una rueda de prensa en el área de fumar. Por desgracia el chico no aportó nada nuevo ni relevante, sólo repitió lo que habíamos escuchado *ad nauseam* en las noticias. Al notar la decepción general, comenzó a exagerar detalles para asombrar a las chicas. Aproveché el momento para abrir la bolsa de entregas ¿y con qué me encuentro? Con dos panes vulgares aplastando un pedazo de jamón insípido. Sentí rabia. “Este chico es un imbécil. Claramente le dije torta de jamón con mucho aguacate ¿quién puede olvidar eso?”. Estuve a punto de romper su rueda de prensa y soltarle un puñetazo, dos puñetazos. Quería matarlo, abrirlo en canal y enterrarle en las vísceras aquel remedo de torta. Entonces vi su rostro: un rostro iluminado por la emoción. Era obvio que nunca había tenido a un grupo de chicas guapas escuchándolo con interés. La recepcionista le dijo que era muy valiente por continuar tan peligrosa labor de entregar tortas. “Sí, tortas sin aguacate”, murmuré. Luego suspiré profundo y opté por tragarme mi coraje; aquel día escribí en mi diario:

“Una torta sin aguacate es motivo suficiente para renunciar a Dios, para desear la extinción de la humanidad”; luego me arrepentí, pensando que maldecir a la humanidad por la ausencia de aguacate podría causar una catástrofe, como el aleteo de una mariposa que provoca un tifón al noreste de Asia o un terremoto en Haití.

Sigo pensando en estas cosas mientras el monitorista de Espectáculos espera esa respuesta que le debo (y que aún no sé

por qué se la debo). Pienso en lo ridículo que debo parecer frente a él, sonriendo nervioso, agitando la cucharita del café. De pronto recibe una llamada en su teléfono celular. “Disculpa”, dice, dando zancadas hacia el patio. El exceso de ondas hertzianas afecta las llamadas aquí dentro. Todos se quejan de la mala señal. Les parece irónico que una agencia de comunicación tenga problemas para comunicarse. Yo también me quejaría si tuviera un teléfono, pero hace años que no tengo. El último se murió de viejo y no me alcanzó el valor para comprar otro: he perdido la costumbre de cargar con un aparato que me interroga y me vibra junto a los testículos de forma inesperada.

La jefa de Edición me preguntó hace tiempo:

—¿Es verdad que no tienes celular? ¿Y cómo te localizan? —lo dijo como si no tener celular fuera peor que no tener ojos o piernas o fe.

Contesté lo mismo de siempre:

—La gente me localiza porque siempre hago lo mismo, todos los días.

—Pero no tener celular es un problema.

—Oh, sí. Debe serlo para los que me buscan, pero nadie me busca.

“Eres un tipo miserable”, pienso que piensa la jefa de Edición. “No, no soy miserable”, pienso que pienso yo mismo, “quizá soy asesinable. Soy el hombre más asesinable del mundo: mi asesino sólo tiene que ir a mi trabajo por la mañana o a mi casa por la tarde”.

El monitorista de Espectáculos que me exige responder por los muertos de Haití sigue hablando en el patio (sonríe al aparato, coquetea. Prende un cigarro). Miro el reloj de pared: las 8:43 a.m.

Si no me apresuro, mi concha de las 8:40 ya no estará fresca y esponjosa. Estoy a punto de lograrlo, llegar a mi escritorio y evitar más contacto humano. Pero cometo un error: volteo hacia la pantalla de la monitorista de Internacionales y veo un centenar de haitianos desparramados en una hermosa pradera. No hacen nada, sólo están ahí tirados, tomando el sol en medio de un pasto tan verde que parece pintado. Una periodista de cnn se acerca con uno de esos enormes micrófonos esponjosos. Le pregunta a los haitianos cómo se sienten. Uno de ellos dice que lo ha perdido todo: familia, casa, empleo... “La ropa que traigo, señorita, es todo lo que me queda en la vida”, dice el haitiano recostado en el pasto mirando al horizonte: un hermoso páramo abierto al sol. No puedo evitarlo: siento de repente una envidia tan intensa que me causa dolor físico. No recuerdo la última vez que envidié a alguien —la envidia también exige un rostro—; pienso en lo maravilloso que debe ser no tener casa, ni familia, ni empleo. Poder tumbarme en el pasto a mirar el atardecer masticando una varita, sin esperar nada, sin desear nada.

—¿Puedes imaginarlo? —pregunta la monitorista de Internacionales— Un día sales al trabajo como cualquier día normal y, de repente, ¡plas!, te quedas sin trabajo ni casa ni familia. ¿Puedes imaginar eso?

Desde el incidente de la araña, la monitorista intenta ser amable conmigo, pensando tal vez que me siento mal por el “castigo” de trabajar junto al archivo muerto.

—No. Por más que lo intento, no puedo imaginarlo.

—¡Ah! Pero eso no es todo —dice la monitorista de Internacionales muy acongojada—. Escucha esto: La ONU ha

declarado que cada tres segundos un niño muere de hambre en el planeta... ¿Puedes imaginarlo?

No sé qué decir. Esta chica me pide que imagine todas las cosas terribles de las que se entera. Debería sonreír y pasar de largo hasta mi escritorio diciendo: “Uno, dos... muerto. Uno, dos... muerto”, pero la monitorista de Internacionales levanta una ceja, quizá para dramatizar su congoja.

—¿Puedes imaginarlo? —continúa— ¡Cada tres segundos!

“Cada tres segundos... Santo Cristo”, pienso, “¡por qué el proceso es tan lento!”.

Miro el reloj: las 8:46. Ha pasado el tiempo de forma inexorable y no tengo más remedio que resignarme, aceptar que en tres minutos han muerto sesenta niños, que debo permanecer tres horas más en la oficina, que terminaré por regalar el diez por ciento de mi sueldo para esos haitianos de la televisión que toman el sol recostados en hermosas praderas, viendo el atardecer, masticando ramitas y rascándose el ombligo. Y lo peor de todo: debo aceptar que mi concha de las 8:40 ha perdido irremediabilmente su frescura... cómo es posible tanta crueldad. ¡Qué Dios permite que una concha pierda tan pronto su frescura!

—Es una tragedia... una gran tragedia —le digo a la monitorista de Internacionales, y trato, con toda mi voluntad, de llegar a mi escritorio; pero ahora el monitorista de Espectáculos ha terminado su llamada y regresa muy contento. Me aborda, me toma otra vez del brazo (¡y vuelvo a derramar mi café!), todo para informarme, con el asombro de una primera plana, que la chica nueva, la editora de Video, asistirá al próximo viernes de karaoke y, ya entrada la mañana, ha prometido que seguirán la fiesta en su

casa. Fuentes confiables revelan que le encanta el vodka y la fiesta y los chicos musculosos. Se especula que el fornido monitorista de Espectáculos y la nueva editora de Video podrían emborracharse y tener sexo. Es probable que con algo de suerte incluso lo disfruten.

El monitorista de Espectáculos me informa de todo esto con un tono jovial, excitado. El viernes de karaoke es muy popular en la oficina. El monitorista no me invita —claro— pero no es descortesía. Aquí todos saben que no voy a fiestas. Al principio era incómodo decir cada viernes “no, gracias”. Luego redujeron la invitación al último viernes del mes, recibiendo la misma respuesta: “no, gracias”. Ahora sólo me invitan a la fiesta anual de la empresa. Entonces me permito un oscuro chiste de oficinistas: en honor a *Bartleby, el escribiente* respondo que preferiría no hacerlo.

De esta forma ellos cumplen con el protocolo y yo me mantengo fiel a mi respuesta, como un grupo de payasos que ha perdido la gracia a fuerza de repetir la misma rutina. Sé que algunos califican mi actitud como “poco participativa y discordante con las políticas in-ter-re-la-cio-na-les de la empresa” (karaoke de bar, fútbol rápido, convivio dominical, y entre semana, la hora del cigarrillo platicador), pero con el tiempo han aprendido a ignorarme con diplomacia. Saben que podrían organizar un evento en mi casa y no estarían obligados a invitarme.

Así había funcionado los últimos cinco años, y no tendría por qué haber cambiado, de no ser porque hace unos días —debo confesar, con renovada vergüenza— descuidé mis rutinas, y lo eché todo a perder.

Como toda tragedia, ésta empezó por una acción completamente inútil: comencé a pensar en los demás. Quiero decir que, de

repente, comencé a participar en las conversaciones de la oficina. Al principio eran inofensivas: el clima, la película de moda, el video chistoso en internet, y a este exceso de cercanía sobrevinieron otros temas personales: el clima que me gusta, las películas que me gustan, los videos chistosos que veo en internet. Fue un acercamiento gradual que me parecía inofensivo, y que se vio reforzado cuando empecé a recibir ciertos beneficios en el grupo: que me tomaran en cuenta para las rifas y las tandas, que me avisaran cuando no había papel en el baño o que nadie escupiera en mi taza de café. Pero sobre todo —y este fue el beneficio más importante, el que me conmovió de pronto— que la recepcionista le recordara al mensajero que mi torta, por ningún motivo, debía llegar sin aguacate. Si me encontraba cerca de ella, lo decía en voz alta:

—...de jamón con mucho aguacate para nuestro compañero —y por encima del micrófono de diadema asomaba una sonrisa o un guiño cómplice, o levantaba el pulgar como una idiota. Esta nueva actitud laboral me hizo bajar la guardia, volverme confiado, blando. Comencé a pensar que si la relación con mis compañeros laborales se había tornado un poco menos incómoda y desesperante, ¿por qué no hacer un pequeño cambio y experimentar esa incómoda desesperación en un lugar más agradable? En la fiesta de fin de año, por ejemplo. Ahí me sentiría igual de incómodo y desesperado, pero al fragor de bebidas gratuitas y comida de bufet. Era como ver la misma horrible película de todos los días en un sillón reclinable. La idea me entusiasmó, vaya que sí. Por eso decidí que en la fiesta de fin de año cambiaría radicalmente mi respuesta. Cambiaría el habitual “Preferiría no hacerlo”, por un “Sí, con mucho gusto”.

Compartiría la fiesta anual de la empresa con mis compañeros de oficina.

Llegó el día.

Viernes por la tarde. Llamé a Armando; le sorprendió que cancelara nuestra reunión para asistir a la fiesta de la empresa, pero dijo que le daba gusto. Toda la oficina mantenía un ojo en la pantalla y otro en el reloj de pared. No había notas que redactar, pero sabemos fingir muy bien alguna actividad, sobre todo al final de la jornada. Yo estaba muy emocionado por las posibilidades de asistir a la fiesta y, por primera vez, tuve un genuino interés en saber cómo serían esas reuniones. Prueba de ello era la camisa que compré para la ocasión. Era una camisa de fiesta elegante. La traía en mi mochila, doblada con mucho cuidado.

A unos minutos de terminar el día, los compañeros se turnaban el uso del baño. Poco a poco se concentraban en el patio a fumar y a platicar, muy excitados. Ya quedaban muy pocos en la oficina, recogiendo cosas de última hora, cuando la supervisora se acercó, como todos los años, a hacerme la pregunta de protocolo.

—Sabemos que no sueles ir a la fiesta de la empresa, y que, como cada año, tienes permiso de irte temprano. Pero tu cambio de actitud en los últimos días nos hace pensar que has revalorizado tu grado de compromiso con la empresa. Por eso esperábamos que en esta ocasión hicieras un esfuerzo por todos nosotros... —un esfuerzo, ¡la supervisora me pedía que hiciera un esfuerzo! Debo reconocerlo: la expresión me conmovió. No era el discurso habitual; hablaba con un plural que me comprometía de alguna manera. Esta vez, como si presintieran mi aceptación, me pedía que hiciera

un esfuerzo. ¿De qué esfuerzo hablaba? ¿Me pedirían que partiera el pastel? ¿Qué presidiera el discurso anual? Seguro querrán que hable por los humildes compañeros que cada año agradecen con lágrimas vivas su explotación a cambio de un sueldo ofensivo.

—No es ningún esfuerzo, al contrario. Te agradezco que me consideres —recuerdo que dije, con una mano en la mochila, listo para correr al baño y ponerme mi camisa nueva y estrenar mi loción. Por fortuna fui prudente y esperé que la supervisora terminara de hablar.

—Me alegra que aceptaras. Como sabes, tenemos clientes que piden notas de última hora. Casi nunca sucede nada relevante, pero pagan el servicio nocturno y alguien debe cubrirlo.

—Oh... entiendo.

—Y necesito que antes de medianoche apagues los servidores, y cierres con doble llave —dijo, extendiéndome su enorme llavero—. Y lo más importante: cuando actives la alarma sólo tendrás cinco minutos para salir, de lo contrario se mandará una señal a la policía y nos meterás en un lío. Es muy importante que actives la alarma y salgas de inmediato. ¿Está claro?

—Sí... no hay problema —dije.

—En verdad no sabes cuánto apreciamos este gesto tuyo —dijo en nombre de toda la empresa, dándome una palmadita en el hombro. Sentí que esa palmada, con la fuerza de todos los brazos de la empresa, me aplastaba hasta dejar de mí una mancha en el piso.

Al terminar el noticiero de medianoche apagué las computadoras y las luces de los cubículos. Estaba exhausto, fastidiado de las mismas noticias navideñas. Sentí náuseas. No en sentido figurado, en realidad tuve que ir al baño a vomitar. Un terrible zumbido agitaba

mi cabeza como un rehilete. Ya en el baño abrí la mochila, extendí la camisa nueva frente a mí. Tardé horas en escogerla y ni siquiera me la había probado. Me veía muy bien, debo reconocer, pero sentí vergüenza, y también, cansancio. Salí del baño. Me dejé caer sobre la silla, encorvado, pensando que si al menos pudiera llorar o enojarme, entonces tendría sentido. Pero no podía llorar o sentir enojo. Sólo sentía vergüenza y cansancio, mucho cansancio; sólo quería estar ahí viendo el pequeño foco de emergencia que irradiaba una luz amarilla y no paraba de zumbar como un hermoso abejorro. Activé la alarma. Recordé que sólo tenía cinco minutos para cerrar las oficinas y salir de inmediato. Tiempo suficiente. Y de pronto lo sentí: fue un golpe, un golpe de calma. Una oleada de paz que provenía del fondo oscuro del pasillo. Me dejé caer en la silla del recibidor, de cara a ese fondo oscuro. Era imposible resistirse. Me quedé petrificado contemplando esa cosa oscura que se perdía hasta el final del pasillo, junto a mi escritorio, y palpitaba; tenía vida. Quise levantarme y correr hacia esa calma viva, porque estaba seguro que podría correr y correr y correr, tal vez para siempre, sin que nada me detuviera, y que esa calma oscura siempre estaría ahí, palpitando. Cerré los ojos y me recliné, con un gesto de placer, sin preocupaciones, sin que me importara nada.

—Si no vas a hacer las cosas bien, mejor no te ofrezcas —me dijo la supervisora luego de rendir su declaración a la policía. Estaba furiosa.

El asunto fue éste: no salí de la oficina a tiempo y la alarma silenciosa se activó. En cosa de minutos la manzana estaba rodeada de patrullas y vecinos inquietos. A media hora de ahí, mi

supervisora estaba a mitad del baile de la conga, disfrutando de la fiesta anual, cuando recibió una llamada del módulo de policía. Requerían su presencia de inmediato.

Mientras tanto, dentro de la oficina, yo seguía frente al abismo sin fondo del pasillo, frente a esa calma oscura y comfortable. Me sentía extrañamente feliz, como un haitiano tumbado en el pasto masticando una varita, mirando el atardecer. Pero la felicidad suele parecerse mucho a la desgracia: de pronto fui atacado por un grupo de uniformados que me arrojó al suelo y me apuntó a la cabeza con sus armas largas.

Mientras era escoltado como un altísimo capo del narcotráfico, mi querida supervisora explicó que yo era un simple empleado de la empresa que no sabía activar la alarma. Los policías la obligaron a rendir declaración (la vi parlotear de muy mala gana, mirando con desesperación su reloj de pulsera, pensando con tristeza que, para cuando regresara a la fiesta, ya habría terminado la hora feliz y el baile de la conga). Nunca la había visto tan perturbada. Fue cuando se acercó a la patrulla para decirme, con suficiente rencor: “Si no vas a hacer las cosas bien, mejor no te ofrezcas”. Y nunca nadie más volvió a invitarme a una fiesta.

¿Y por qué recordé todo este asunto? Ah, sí, porque justo ahora el monitorista de Espectáculos me habla de la fiesta del próximo viernes. Luce tan contento que ha olvidado nuestra conversación sobre los cien mil muertos. Incluso ha olvidado pedirme la cooperación para los muertos de Haití. Yo también estoy contento, porque ahora puedo regresar a mi escritorio, remojar mi concha en el café con leche, saborear su cualidad esponjosa y comer los últimos bocados de mi torta, disfrutando de la cremosa textura del

aguacate, ahora un poco gris —debo reconocer—, pero con el sabor suficiente para confirmar la existencia de Dios.

Y puedo, además, escribir estas cosas sin sustancia.

Es un hecho que cien mil haitianos muertos no pueden competir contra una fiesta de viernes. Cien mil haitianos muertos no pueden competir contra un café con leche, contra una torta de jamón con aguacate, contra Dios.

Camus decía que somos el único animal que sabe que morirá.

¿Por qué cien mil haitianos muertos no pueden entender eso?

Historia de la pera simbolista

Uno puede tropezar con las palabras, y vaya que se tropieza fuerte a veces. Hoy, por ejemplo, tropecé con la palabra simbólico. El obstáculo aparece así, de la nada, en diferentes modelos: símbolo, simbolismo, simbolístico... incluso ayer escuché a un locutor de jazz discurrir sobre "... ese gran solo de Thelonious Monk, tan simbolizante...", así lo dijo, y me dolió escucharlo, como si el jazz hubiera sido atacado por una enfermedad incurable.

No me gustan los simbolismos. Creo que estar aquí, es decir, estar como un acto de ser, es decir, esta sensación de existir, quiero decir, todo este asunto de estar vivo —requiero decir— me parece ya un poco imposible de simbolizar.

Reconozco mi incapacidad para emitir un juicio ecuánime sobre lo simbólico. De hecho, dudo que sea posible; ¿cómo podría

ser posible? Cualquier interpretación simbólica sólo se suma a las infinitas interpretaciones que pululan en la atmósfera crítica, y la crítica —lo sabemos— es la física cuántica del verbo, y yo siempre sospecho que mi interpretación es la más equivocada.

Pienso todo esto mientras hojeo una vieja revista de arte. En la página central hay un artículo sobre un pintor simbolista y su controvertida obra *La pera*.

Es una historia interesante:

El famoso pintor simbolista, cansado de ser simbolista, decidió pintar una pera. La pintó sobre un lienzo regular, de textura esponjosa y un verde tan claro y tan de pera, que se antojaba morderla.

Cuando *La pera* se presentó, los críticos —acostumbrados al estilo simbólico del pintor— se apabullaron; se miraban entre ellos levantando al extremo sus cejas rubicundas, bebían Padre Kino en vasitos de plástico rojo, picoteando cubitos de queso, sumidos en una completa inopia. No entendían por qué una autoridad del simbolismo había pintado una pera tan real y deliciosa. Decidieron aplicar el protocolo de emergencia: Acicalar su barba hirsuta, atacar con mayor ímpetu los cubitos de queso y el Padre Kino, levantar el índice juzgador para celebrar el hallazgo simbolista, y ocultar así su exégeta ignorancia.

Cuando un periodista se acercó al crítico de mayor autoridad, éste aseguró que el cuadro reflejaba sin duda un acto emancipatorio “obviamente simbólico” de las relaciones histórico-político-sociales de la mujer a partir de la psicomorfografía implícita en la obra. La elevada respuesta animó a otros críticos: algunos vieron en *La pera* un imbricado anagrama, un prolegómeno del arte bucólico. Un crítico rioplatense advirtió —convencido— que al sincretizar la biblia

de los eusqueras septentrionales con el castellano bárbaro, se obtenía un extraño versículo que expresaba, en el más heurístico de los sentidos “pero simbólicamente, claro”, que la fruta prohibida de la Biblia era una pera.

Otros simplemente vieron a Dios.

A partir de las primeras declaraciones de la prensa, los críticos más arriesgados redactaron un ensayo que sostenía que *La pera* exudaba —con delicados entimemas— digresiones en torno al poder y la sexualidad impuestos por Foucault en los setenta. El ensayo se publicó en la revista *Le Symbolik*, con una foto del calvo pensador en la portada, vestido de verde y con la cabeza en forma de pera.

Pero regresemos a la inauguración.

Entre las rondas de queso y vino y risitas de sobremesa, uno de los periodistas hizo algo que a nadie —ni siquiera al crítico más sesudo— se le había ocurrido hacer desde un principio: preguntar al pintor por el significado de *La pera*.

Como si alguien pusiera pausa a esta realidad que estamos narrando, una pausa que afectara a todos los presentes exceptuando al pintor, éste dijo:

“Pinté una pera porque tenía antojo de una pera”.

Y como si aquella respuesta fuese el botón de reproducir de esta realidad que estamos narrando, los críticos rechazaron de facto esa declaración tan sin chiste, sin sabor y sin sentido. Sabían que el pintor escondía en su lacónica respuesta un subjetivísimo simbolismo de primera nota. Para sustentar sus dichos, acudieron a fuertes autoridades de la psicolingüística, que aceptaron de inmediato el reto —que nadie les pidió aceptar— para descifrar el símbolo oculto en la frase “Pinté una pera porque tenía antojo de una pera”.

Los sesudos psicolingüistas, discípulos de Saussure y Trubetsky, determinaron que la reiteración de la palabra *pera* en la respuesta del pintor era la afirmación preconciente de que una de las múltiples interpretaciones de los críticos era correcta.

Entusiasmados con la idea, pero carentes de premisa, críticos y periodistas presionaron al pintor para que diera otra respuesta. El pintor volvió a decir, con más laconía que antes:

“Pinté una *pera* porque quería comer una *pera*”.

Los críticos descubrieron que el pintor había cambiado sustancialmente su respuesta: en esta ocasión ya no dijo tener “antojo de una *pera*” sino que “quería comer una *pera*”; es decir, había pasado del antojo (sensación-sospecha-volición) a un querer comer una *pera*, como cosa sustancial harto objetiva.

Los psicolingüistas confirmaron las sospechas de los críticos, y los críticos se sintieron cada vez más cerca de la verdad —como siempre se han sentido— pero sospechando que dicha verdad no saldría de la boca del pintor, quien además de ser una autoridad de la plástica, destacaba por su erudición en la materia.

La carrera por descifrar *La pera* (convertida ya en la obra más peculiar del artista) agudizó la enemistad entre los críticos —como siempre se ha agudizado—, embraveciendo las pugnas, la difamación, el escarnio, la burla y la estulticia. Las críticas entre críticos se volvieron carniceras y disímbolas —como siempre han sido—, y el temor no era infundado; sabían que, en cuanto el pintor reconociera la interpretación de alguno de ellos, el resto de los críticos quedaría hecho un atado de imbéciles —como siempre han quedado.

En fin, que uno de los críticos tomó ventaja. Atendiendo a la máxima “Nunca hagas bien algo que en principio no es necesario

hacer”, este crítico abandonó toda esperanza de trabajar en su propia interpretación de *La pera*, y dedicó sus jornadas y desvelos a recabar, en silencio, la información más nutritiva de sus colegas. Pero ¿cómo hacer para que sus colegas le revelen el resultado de sus investigaciones? Fue sencillo: sabemos que ningún crítico se resiste a la estrategia milenaria del maestro Sun: “Cuando fuerte muéstrate débil; cuando valiente, temeroso; cuando pleno, vacío; cuando sabio, tonto;...” y en efecto, nuestro malicioso crítico-sanguijuela se mostró débil, temeroso, vacío y tonto en sus interpretaciones. Ataviado con un legajo de notas mediocres y mal redactadas, visitó a los otros críticos, pidiendo —rogando— su opinión, alegando que sus críticas eran mucho más asertivas. Obviamente los críticos no vieron en el crítico-sanguijuela amenaza alguna y se entregaron redonditos a la estrategia, soltando a generosidad el resultado de sus largas noches de investigación, incluso corrigiendo los falsos textos mediocres de nuestro crítico, que de inmediato procesó datos y descubrimientos de manera que cada argumento ajeno pareciera de su autoría. Luego se encerró durante meses a trabajar en su libro de interpretaciones periles. Los colegas pensaron que, dada la pobreza de sus ensayos, había renunciado al Proyecto Pera, y sintieron un poco de lástima mezclada con una socarrona alegría. Días después sintieron rabia, una rabia vitriólica cuando recibieron una invitación del crítico-sanguijuela para asistir a la presentación de su libro *Claves de La pera*.

Todos los críticos acudieron por su ejemplar, sólo para comprobar que el texto era un pastiche inaudito: ninguna de las interpretaciones del libro era original. Pero ya nada podían hacer, porque el crítico-sanguijuela, autor de *Claves de La pera*, se autoprologó

bajo un sesudo argumento titulado “La intertextualidad simbolizante”, en el que advertía que el trabajo no era en sí un ejercicio de creación *per se*, sino un experimento que atendía a las nuevas disposiciones hipertextuales de las cuales “ya dijera el poeta anónimo: el autor toma lo suyo donde lo encuentra”.

El libro se volvió un *bestseller* nacional y estuvo semanas compartiendo estantería con otros títulos que buscaban descifrar el código de un pintor marginal y casi anónimo que habría nacido en la campiña de Vinci.

Enfurecidos hasta la locura, los críticos engañados fueron hasta el domicilio del pintor, ansiosos por saber qué opinaba del libro *Claves de La pera*.

El pintor dijo:

“No lo sé; no lo he leído”.

Los críticos no le creyeron; sabían que de nuevo estaba haciendo uso de su autoridad simbolista. Determinaron que su respuesta, al contener dos negaciones (NO lo sé; NO lo he leído), podría esconder en esa doble negativa una afirmación. Elevaron la respuesta a su forma algebraica, la subatomizaron y la desvectorizaron hasta concluir que dos no se pueden eliminar, y también que dos no, en tanto signo negativo, podía darles un sí.

los críticos optaron por la multiplicación algebraica (sólo dios sabe bajo qué extraño teorema) y obtuvieron finalmente un sí redondo.

Contentos por estas resoluciones, asumieron que el pintor sí había leído el libro y que sí había usado las dos negativas para rechazar las interpretaciones del crítico-sanguijuela que ya se

había autoproclamado autoridad oficial en la interpretación de la pera.

La no-respuesta del pintor ahorra mucho trabajo a los críticos; ahora sólo tenían que leer el libro a profundidad, utilizar como matrices de operación el proceso histórico-artístico del pintor, generar un mapa de interpretación holística para determinar qué páginas del libro le habían gustado al pintor y cuáles no.

Los críticos abandonaron la casa del pintor y de inmediato se reunieron en el café local, cada quien con su ejemplar de *Claves de La pera* bajo el sobaco, y comenzaron a urdir la estrategia: encerrarse en sus buhardillas para trazar un mapa de interpretaciones periles, pactando entre ellos que el crítico que descubriera el quid del asunto informaría al resto del gremio (un pacto inútil si tomamos en cuenta que la traición es la debilidad de todos los críticos).

Pasaron los meses, pasó de moda el tema de *La pera*, pasó una nube gorda y oscura sobre el estudio del pintor que había despertado de buen humor y con un poco de hambre. Se levantó despacio para no despertar a la joven que dormitaba a su lado, se vistió y preparó café; miró por la ventana. La nube gorda y oscura se mantenía colgada del cielo, impasible, incólume. Cerca del lavador de pinceles había un frutero bien provisto. El olor de la fruta excitaba su imaginación. Luego pensó en la vida, en lo maravilloso que había sido el sexo de la noche anterior con una joven que podría ser su nieta. Se preguntó qué extraño mecanismo producía la felicidad.

Tomó un pincel y acercó la nariz al frutero: pintaría una guayaba.

Teléfono

Ayer compré un móvil; un modelo barato, nada sofisticado.

Recostado en el sofá, leo el manual como una biblia (es mi primer teléfono moderno, y quiero aprender sus características con fe). Reviso el número, cargo los contactos desde mi agenda física —esa invencible memoria de papel—, luego fumo un cigarrillo y bailo con sus tonos hip-hop predeterminados.

Mi anterior teléfono vivió siete años. Era un Motorola muy elegante y ergonómico. Con forma de toalla femenina. Cuando lo compré lucía moderno, pero siete años son siete siglos para un móvil. Como éramos inseparables, me resultaba difícil notar que envejecía, pero la gente comenzó a hacer comentarios ofensivos sobre su aspecto. A veces lo sacaba del bolsillo y la gente se reía de él y de mí.

Pero eso no parecía molestarle a mi teléfono porque era un aparato muy estoico. Un guerrero que soportó golpes, chapuzones, injurias. Nunca tuve que repararlo ni cambiarle alguna pieza. De mí no puedo decir lo mismo: un día me quebré como una taza, replegado ante el dolor y el miedo, preguntándome por qué esa mujer, que antes era como un ángel de Miguel Ángel, ahora se divertía jugando a la locura o, en su defecto, a un martillo silencioso que me buscaba en la oscuridad para estrellarse contra mí.

Como todo principio, el nuestro también fue perfecto. Ahí estaba ella, sentada al fondo del café de siempre con sus audífonos de alta definición, abstraída del mundo, leyendo. Su espontánea distracción me hacía pensar en las múltiples posibilidades del amor. De pronto volteó hacia mí, y la extrañeza de sus ojos me atravesó como la electricidad. Entorpecido, saqué mi viejo teléfono y fingí que tecleaba un número. “Lindo aparato”, dijo mientras se quitaba los audífonos y asperjaba el ambiente de un tufillo meloso a Yann Tiersen que brotaba de las almohadillas. “¿En qué museo lo compraste?”, preguntó, haciendo de aquella sonrisa la invitación a entrar en su vida.

En un mes ya éramos los amantes más gregarios de la ciudad y nos entregamos a todos los rituales de enamorados, a todas las patologías que una pareja típica y vulgar suele padecer. Creímos, por ejemplo, haber desarrollado una telepatía emocional. Cuando le llamaba a su teléfono inteligente, ella solía responder: “Sabía que eras tú, querido...”, y si mi viejo Motorola me enlazaba con ella, yo contestaba diciendo: “Brujita, pensaba llamarte justo ahora”. Si ella decía “Tengo ganas de...”, yo decía: “...comer pizza” y ella exclamaba sorprendida: “Awww, amor, ¡cómo supiste!”. Éramos

la miel sobre hojuelas y la cantidad exacta de ternura. Todo era tan perfecto que incluso reíamos por las estupideces más estúpidas del único modo en que sólo dos enamorados que aman al amor pueden hacerlo: como dos perfectos idiotas.

Pero todo principio romántico es perfecto hasta que se va impregnando del germen de la realidad, y la realidad es una gran tragedia. La miel y las hojuelas y la ternura se fueron agriando. Nuestras felices llamadas de amor no pudieron sobreponerse a la sutil enfermedad del aburrimiento, la epidemia de la costumbre. En alguna parte nos perdimos; quizá en la esquina del café de siempre o en el cinema del domingo. A veces teníamos la ingenua esperanza de que fuera algo temporal o algo ajeno a nosotros, algo relacionado con la comida transgénica, el calentamiento global, un perturbador cambio de conducta en el apareamiento de las almejas. Vaya uno a saber. De pronto se reventó nuestra burbuja y nos descubrimos desnudos a mitad de la realidad, en picada al infierno.

Se entiende pues que nuestro desahuciado amor requería con urgencia el tiro de gracia, y fue lo último en que estuvimos de acuerdo, en rematarlo de un disparo limpio, certero. Nos reunimos en el mismo café y nos despedimos para siempre. Un grandioso plan que fracasó al quinto día. No verla me ponía enfermo y paranoico. Pensaba en situaciones dolorosas: temía que —hermosa y torpe como era— tropezara y cayera muerta, que se asfixiara con un elote, que se la comieran los gatos o que algún tipo siniestro se aprovechara de su vulnerable estado emocional, alguien que la engañara para quitarle un riñón o la emputeciera de algún modo... pero a veces imaginaba cosas mucho más terribles; imaginaba, por ejemplo, que conocía a alguien bueno, alguien que la hiciera feliz.

En fin, quisimos matar al amor con la distancia pero el cabrón amor no se murió. Sólo logramos equivocar aún más las señales. Entregados al fragor de una comunicación enferma, sus llamadas llegaban en el momento más inoportuno. Si yo le marcaba, ella respondía molesta: “Estoy ocupada; te llamo luego”. “Cuándo?”. “No sé. Luego”. Si a mitad de la cena ella decía: “Te quiero”, yo entendía “Palitronche”; si yo le decía: “Quédate”, ella entendía “Lámpara de tungsteno”. En el cinema del domingo la cosa no iba mejor: la película que yo escogía siempre era la más tonta o la más aburrida. Los asientos que ella escogía me resultaban los más incómodos en la historia de las butacas, y su ubicación era pésima para disfrutar del filme.

No nos funcionó el mito popular de que las parejas en crisis se entienden mejor en la cama. Un día le pedí que me la chupara, y ella explotó gritando: “¡Cómo puedes ser tan egoísta!”. Pese a todo, volvimos a estar juntos. Como no pudimos soportar la distancia, recurrimos a la indiferencia. Grave error. Nuestros silencios eran, además de incómodos, analfabetos. Requerían una traducción constante. Mis preguntas eran el absurdo de un ciego gritando en braille; sus respuestas eran naranjas exprimidas con una cafetera. Éramos la parodia vulgar de una clásica tragedia. A veces, a mitad de la noche, la escuchaba llorar en griego.

Perdí la cuenta de las veces que se marchó para siempre. Sus parasiempres duraban dos días, a veces tres. Entonces me llamaba anunciando su posición geográfica y su cantidad de rencor o remordimiento. Cuando era yo el que huía de nuestro amoroso nido de arañas, mis parasiempres duraban apenas unas horas; la angustia de imaginarla en una orgía con una docena de boxeadores

me hacía recapacitar, tomar al viejo Motorola y mandarle un mensaje con la frase universal de la dignidad perdida: “Lo siento; ya regreso”. Abría la puerta del terruño en silencio, arrojaba las llaves al platón y me sentaba en la cocina hasta que ella terminaba de hacer lo que fuese que hiciera en la sala. Luego entrábamos solemnes a la habitación y nos recostábamos en la oscuridad, como dos muertos en una plancha de anfiteatro.

Hasta ese momento no había considerado que si el amor se había roto a partir de la comunicación, debía alejarme de la cosa que nos comunicaba. Tuve entonces la genial idea de hacer un movimiento maestro: su último parasiempre duró cuatro días. Le llamé docenas de veces, hasta que recibí un mensaje de ella diciendo: “Nunca más”. Su mensaje me pareció literariamente pobre, pero me dio tiempo para reflexionar, fajarme los pantalones y tomar la decisión de desaparecer. Le pedí a un amigo su vieja camioneta de mudanzas. Al explicarle mi plan intentó disuadirme: “Estás ofuscado y sensible. Es una buena chica; no lo arruines por una decisión apresurada”, pero cuando le conté de aquel día en que me llamó egoísta por pedirle sexo oral, se mostró decidido: “¡Ya era hora que alejaras a esa maldita bruja!”, me dijo, y en unas horas ya me había instalado en mi nueva ratonera. Previo paso a la licorería, brindamos con un rosado de mesa en vasitos rojos. Luego me vi solo, mirando el lavamanos como una pieza de arte abstracto. El móvil me sonó en la mano. Era un mensaje privado con los símbolos “¿¡”. Utilicé el corcho del rosado de mesa para tapar el lavamanos y llenarlo de agua hasta el borde. Tomé al viejo Motorola, el compañero fiel que me había acompañado por más de siete años, y sin pensármelo mucho, lo hundí hasta el fondo. Pero el maldito se resistía

a morir, incluso bajo el agua se atrevió a transmitir —después de cuatro días de mutismo— una llamada de ella. Llegué a dudar que en realidad fuera ella. Deduje que era un intento desesperado del móvil por sobrevivir. Luego de tantos años juntos, los sentimientos se arraigan como el sarro. Además —pensé— mi teléfono es sólo un mensajero ¿qué caso tiene matar al mensajero? Me atacó un remordimiento de último minuto y lo rescaté, lo abrigué con lo primero que encontré en una caja (una horrible tobillera rosa, de ella) y lo dejé reposar.

A la mañana siguiente, el viejo Motorola dormía envuelto en la tobillera. Cerré la puerta en silencio y me fui a trabajar. De regreso encontré que el aparato me tenía dos llamadas perdidas de ella. Este era el momento crucial en que debía mantenerme firme y seguir con mi jugada maestra. Para darme valor, bajé al Oxxo y compré un par de botellas. Tenía que desmayarme pronto y no cometer una tontería. Así lo hice.

Desperté abrazado al teléfono. Revisé con pánico las llamadas salientes (cero); me levanté aliviado. Fingí que olvidaba el aparato en la cama. Su pantalla —de un verde antiguo y lamoso— me juzgaba en silencio. Antes de salir le puse una almohada encima.

Luego de una semana dejó de llamar. “Es normal”, pensé, “ha de estar agotada, luego de tantas orgías con una docena de boxeadores”.

La estrategia de las botellas me estaba destruyendo (anímica, física, económicamente), y cada vez resultaba menos efectivo. Beber mirando la pared —no tenía televisor— ofrece el tiempo suficiente para reflexionar sobre cualquier cosa. La euforia del primer día se transformó en una depresión físicamente dolorosa que sobrevino

en arrepentimiento y, por último, en una fatal epifanía: el descubrimiento repentino de saber que has cometido el peor error de tu vida. “Mierda, ¡qué he hecho!”, pensé. Desesperado, y con un masculino sentimiento de derrota, busqué su número entre mis contactos e ingresé la clave secreta para mandar vía satélite mis últimos residuos de dignidad. Escribí: “Lo siento. Perdóname. En verdad lo siento”, y envié el mensaje. Recostado en el sofá, sostenía mi viejo teléfono esperando la respuesta. Tenía la esperanza de que no fuera demasiado tarde, que los gatos no se la hubieran comido, que aún no se hubiera acostado con todos los boxeadores. Seguí bebiendo, abrigado a la esperanza de que me necesitara, de que aún no fuera feliz.

Desperté con una horrible depresión alcohólica. El aparato vibró en mi mano anunciando un mensaje entrante: una fabulosa promoción de la compañía telefónica.

Entonces comprendí que era un parasiempre verdadero.

No sé cómo reaccionan los demás seres humanos, pero yo sentí rabia. Imaginé a todas las operadoras enviando mensajes de promoción para burlarse de mí. El mundo estaba en mi contra, y mi teléfono, mi compañero de toda la vida, también estaba de su parte. Podía ver un gesto de burla en su horrible pantalla verde. De nuevo sentía que lo odiaba. De pronto era un rencor espontáneo contra ese pedazo de plástico que sólo me traía burlas y problemas. Esta tortuosa relación había iniciado precisamente cuando ella se fijó en él. De no ser por su estúpido aspecto retro nada de esto habría sucedido. Nadie más que él tenía la culpa. Pero aún había manera de arreglarlo. Si ya había llegado demasiado lejos, también podía ser despiadado con él: comencé a golpearlo, arañarlo y morderlo, pero

era muy fuerte. De una patada lo arrojé al fondo del sofá: “Y ahí te quedas, maldito”, le dije, “a que te coman las ratas”.

Por la noche solía vibrar, iluminando con sus focos antiguos el fondo del sofá. “Lo siento, maldito traidor; ahí te quedas”, le decía mirando al techo, tratando de ignorar su insistente vibración. Lo cierto es que yo también vibraba pensando en ella. Una noche soñé que entraba a mi departamento y me buscaba como una loca, con un martillo furioso en la oscuridad.

Durante semanas me aislé del mundo. Los amigos hicieron una fiesta de intervención. Querían saber cómo estaba lidiando con la ruptura. Llegaban uno a uno con bebidas y botanas, hablando de las maravillas de sus sofisticados aparatos inteligentes. Algunos me reclamaron por no responder a sus llamadas; todos se tragaron la historia del teléfono roto (siempre es más fácil decir que fue tu teléfono y no tú quien se hizo pedazos).

—Lo imaginé —dijo uno de mis amigos, un importante ejecutivo telefónico— por esto decidí traerte eso —dijo, extendiendo una caja con moño: era otro Motorola mucho más moderno y ergonómico, pero también siniestro: sonreía igual que el anterior. Al sacarlo de la caja temí que, siendo de la misma raza, descubriera el cadáver de su ancestro bajo el sofá y buscara venganza.

—Ya no hay pretexto para hacerte el ermitaño —dijo una amiga, alcanzándome un trago—. Descuida, lo superarás... y por cierto, ¿qué fue de tu teléfono prehistórico? —pregunta, repantiándose en el sofá, justo encima de él. Sonreí nervioso. Como en todas las fiestas, siempre ocurre esa fracción de segundo en que se hace un silencio colectivo. El viejo Motorola aprovechó el momento para vibrar con todas sus fuerzas.

—¡Alguien conteste ese aparato, por favor! —dijo el amigo de la mudanza.

En una perfecta sincronización todos mis amigos sacaron sus aparatos.

—No es el mío.

—...Mmmno, el mío tampoco.

Aproveché para subir el volumen de la música y distraerlos: puse algunos temas ruidosos e incité a todos a bailar. Conté mis mejores anécdotas; animé a los tímidos a besarse. Me fingí borracho y hasta sollocé un poco para darles el placer de consolarme. Al final, y con la gracia de un ejecutivo nipón, les agradecí desde la puerta sus finísimas atenciones. Se fueron satisfechos.

Como seguía más sobrio que una monja, me puse a leer en el sofá mi vieja edición de *El corazón delator*. Al cabo de unos minutos, el nuevo Motorola comenzó a reproducir un horrible tono feliz. Supuse que alguien de la fiesta había olvidado sus llaves o algo. Pero el tono era tan insistente que más bien sonaba como un reclamo, como si el nuevo aparato hubiera descubierto al cadáver de su ancestro pudriéndose bajo el sofá. No pude soportarlo: en un ataque de paranoia tomé el nuevo teléfono, le arranqué la cara y lo arrojé por la ventana.

—Qué descuidado eres —dice mi amigo ejecutivo, molesto cuando se enteró que había “perdido” el aparato que me regaló—. Necesitas un nuevo teléfono.

—No, no necesito un teléfono —le digo.

—Todos necesitamos un móvil —dice mi amigo.

—¿Para qué necesitaría un móvil alguien como yo?

Pasaron tres años.

Preparo mi próxima mudanza. Entro al departamento con varias cajas y la feliz excitación que produce un nuevo cambio en la vida. De pronto, al mover el sofá, me encuentro con el viejo Motorola. Es un cadáver diminuto y polvoso, cubierto del pelambre de mi gato, de caca de ratas y líquidos pegajosos. Ya había olvidado que el botón de encendido era rojo y con forma de corazón. Comprendo entonces que el pobre nunca fue un traidor, que sólo intentaba ayudarme y que he cometido —nuevamente— un error terrible. Angustiado, presiono su botón rojo una, dos, tres, cuatro veces. No pasa nada. Vuelvo a presionar ese botón con forma de corazón, “Vamos, amigo, responde”, y comienzo a contar con prisa: “Cuatro mil uno, cuatro mil dos, cuatro mil tres...”, y el aparato responde con un ruido de alivio: el suspiro metálico de un resucitado. Pero enseguida aparece la señal de batería baja y el icono de mensajes parpadea con insistencia. Sabiendo que no tengo mucho tiempo, abro el último mensaje; es ella preguntando, a la luz de la distancia:

“Donde estas!”.

Lo escribí así, sin los acentos adecuados. Pero al menos tuvo el detalle de colocar un signo de admiración al final. Todas las mujeres buscan un signo de admiración al final, rasgo inequívoco —además— de que su preocupación era genuina.

“Donde estas!”, decía el mensaje.

Me dolió saber que, después de tantos años, me sigo preguntando lo mismo.

Quise responderle (de forma simbólica, claro), y escribí “No lo sé”, pero la alerta de batería baja apareció de nuevo. Una última vibración, como la sacudida de un moribundo, acabó con mi viejo Motorola, ahora sí para siempre.

Los amigos organizaron una reunión para despedir el departamento.

—Como ya casi es tu cumpleaños, pensé en darte un teléfono nuevo. Cortesía de la empresa —dice mi amigo el ejecutivo, feliz por un nuevo ascenso.

Me sigo preguntando por qué hay gente que se empeña en mi amistad. Si me encontrara conmigo en la calle, no dudaría en dar la vuelta o darme un puñetazo.

Le pedí a mi amigo que omitiéramos los protocolos y me diera el dinero de inmediato.

—Pero no sería igual —dijo inseguro, con los billetes en la mano—. Se perdería la magia del regalo.

—No te preocupes, amigo —dije seductor, arrebatándole los billetes como una prostituta que ha hecho bien su trabajo—. Para mí no hay mejor regalo que el dinero.

Eso estuvo bien; quiero decir, evitar el protocolo. Esa detestable mueca de los que hacen un regalo esperando que te inclines ante su bondad, aun cuando su bondad sea horrible o inútil. Deberían abolir el nefasto hábito de regalar cosas. Los amigos sólo deberían regalar dinero.

Al día siguiente compré este bello ejemplar de pantalla táctil, pero tiene un defecto. Fui a hacer la reclamación.

—¿Qué falla presenta? —pregunta el encargado.

—Nada, que yo escucho a los que me llaman, pero ellos no me escuchan a mí.

El tipo hace un par de pruebas; apaga el teléfono, le abre la tapa de la espalda y mirando a través de sus vísceras digitales, pregunta:

—Así que usted escucha a los demás, pero los demás no pueden escucharlo.

—Así es.

—Y... ¿desde cuándo tiene ese problema?

—Desde hace mucho, mucho tiempo —le dije.

(Afuera hace calor, son las cuatro de la tarde.)

—Es una falla de origen —dice—. Debe ir al Centro de atención a clientes.

—¿Usted no puede ayudarme?

—Ya le dije, la falla es de origen.

—Pero, usted... ¿no puede ayudarme? Los demás siguen sin escuchar —le digo mientras me guardo el aparato en la camisa, junto al corazón.

—El problema no son los demás. Es su aparato —dice el encargado, señalando la bolsa de mi camisa, junto al corazón.

—Pero... ¿no puede ayudarme?

(Cuatro mil uno, cuatro mil dos, cuatro mil tres...)

—Es una falla de origen. Lo siento.

—En verdad, ¿no puede ayudarme? Hablemos.

—Lo siento.

—¿Escucha lo que digo?

(Cuatro mil uno, cuatro mil dos, cuatro mil tres...)

Regreso al departamento, abro el refrigerador, me alimento de cualquier cosa. Me recuesto en el sofá y coloco al nuevo e insertable aparato junto al cadáver de mi viejo Motorola. Fumo un cigarro.

Mi nuevo teléfono es un inútil para comunicarse, pero me divierto bailando con sus tonos de hip-hop predeterminados.

Sigo bailando y dando vueltas hasta que tropiezo con la mesita de centro, caigo de rodillas, frente al viejo Motorola. Miro su rostro que alguna vez lució moderno y engreído, y hoy está gordo y desgastado. Muerto. Presiono su botón rojo: *cuatro mil uno, cuatro mil dos, cuatro mil tres...* quiero ver otra vez el mensaje de ella, sólo una vez mas, *cuatro mil uno, cuatro mil dos, cuatro mil tres...* nada que hacer.

Sólo quiero una oportunidad, enviarle un mensaje, decirle que sé dónde vive y con quién vive; que sé dónde trabaja, que incluso sé el nombre de su gato y de su nuevo amante. Decirle que hace tres años que no uso un teléfono, que ya no sé comunicarme con nadie.

Enciendo la computadora; abro Facebook. Un mensaje de mi amigo ejecutivo; quiere saber qué tal funciona mi nuevo teléfono comprado con su dinero. “¿Ya puedes comunicarte?”, pregunta; “Tomará algo de tiempo, amigo”, le escribo, mientras pienso en una vieja anécdota: un sacerdote, amigo del poeta José Lezama, intenta convencerlo de la existencia del infierno. Cansado de la misma discusión todos los días, Lezama le concede que sí, que efectivamente el infierno existe, pero está vacío.

Mujer Maravilla contra los budistas que no cojen (por amor)

Imagina que es domingo y ella hurga en tu bragueta como quien busca dinero en el bolsillo ajeno. Es el ansia. La promesa de un suceso inevitable; pero en un segundo plano la escena —que parece erótica— se vuelve una tragicomedia cuando se gesta, como un tumor en la cabeza, una idea impropia, casi impúdica: no tienes ganas de cojer.

Se antoja difícil que pueda ocurrir, pero ocurre, sí, que alguna vez un hombre rechace una cópula dominical con una mujer maravillosa. ¿Increíble que un hombre no quiera meterla? Tal vez para una mujer lo sea. He conocido suficientes chicas en la vida —sólo tres, que ya son demasiadas— para saber que ellas no padecen el engorroso trauma del desempeño. Si no tienen ganas, bien pueden resolverlo con un simple “Hoy no, gracias”.

Este dilema —que en realidad es un misterio— sólo compete a los hombres. Las mujeres no comprenden este remordimiento masculino. En su sistema coito-cognitivo no se registra el remordimiento por inapetencia sexual. Les basta decir que les duele la cabeza, que su gato ha muerto o que padecen menstruaciones psicológicas. Tienen incluso tacto suficiente para rehusarse con estilo: te toman del mentón y te acarician el cabello mientras dicen: “Oh, nene, en verdad lo siento” con una expresión que podría conmover a Hitler.

Cualquiera leería esto como la confesión de un hombre pequeño y patético, y no se equivocan: soy un hombre pequeño y patético, de los que presionan el tubo del dentífrico desde abajo, o necesitan papel rayado para hacer una carta, o plagian una línea de Cortázar para contar una historia.

A diferencia de los fanfarrones que andan por el mundo presumiendo sus homéricas historias de cama, yo apenas guardo algunos recuerdos —no siempre felices— de aquellas que me ofrecieron sus tibios ductos una tarde en que las atrapé confundidas, impregnadas de sensiblería hormonal o sumidas en alguna depresión profunda.

Qué quieren, soy partidario del rechazo: he visto a los hombres más duros de mi generación quebrarse en lágrimas ante un fracaso pasional, inclinar la cabeza, someterse al capricho femenino bajo el argumento suicida de que todo se hace por amor. “Ésos no son hombres duros, son idiotas”, dirá algún despistado que no entiende cuántos tamaños se necesitan para llorar como un niño frente a la mujer amada.

No, no tiene caso pensar en esto, porque hablamos de un asunto sentimental y no sexual y el sexo —como la iluminación— se logra por acción, no por razonamiento.

Pensar así me sostiene de pie cuando alguna chica declara, con total inverecundia, que no quiere cojer. Y agradezco que me informen a tiempo, cuando aún es posible rescatar la dignidad. Por ejemplo: si ella dice no cuando apenas voy por los zapatos, la negativa es sorteable. No ha pasado nada; basta sonreír comprensivamente y decir con un gesto casual: “No hay problema... Vale, no hay lío; otro día será”. Me pongo los zapatos, me siento junto a ella, sonrío y prendo un cigarro a lo Humprey Bogart —no muy Bogart, no quiero parecer un pelmazo— y finjo interés en su conversación. Hasta aquí he salvado la dignidad en sus principios... Pero hay mujeres perversas —que no pervertidas— que disfrutan ver a hombres como yo haciendo malabares de perrito circense para lograr una penetración exitosa. Sí... las he visto disfrutar mi rutina del idiota con los calzones en los tobillos; no me dicen nada hasta que destapo el condón con los dientes como un sobre de cátsup y me golpeo el pecho como un tarzán del tercer mundo. Sí, las he visto aguantar una risilla mientras trepo al mueble de noche, y cuando estoy listo a zambullirme en sus tibios órganos, la chica perversa —que no pervertida— aprovecha para decir con un hermetismo rotundo: “Lo siento, nene, es que... hoy no quiero”.

Eso puede quebrantar al más duro, vaya que sí. Sobre todo cuando la expresión viene acompañada de esa risilla traviesa —pináculo de la perversión femenina— y sólo me queda iniciar la patética ceremonia: bajar del mueblecito de noche, recoger la ropa regada por el suelo y cubrir mis miserias rechazadas.

¿Cómo podrían ellas entenderlo? ¿Conocen alguna mujer rechazada? Si una mujer —no importa cuán poco apetitosa luzca— es rechazada a medio escarceo —situación altamente

improbable— su imagen no pierde sensualidad. Hay algo en la desnudez femenina que incita a la reflexión erótica. Nada que ver con la imagen del damnificado sexual con las bolas al aire exigiendo una limosna de carne. Recuerdo una ocasión en que... bueno, basta ya. Perdonen mis peroratas; sé que no estoy bien. Es por el asunto de esta mañana, cuando desperté con la mano de Mujer Maravilla hurgando en mi bragueta, y yo entrampado en el rarísimo caso de no tener ganas de cojer.

Luego de cinco años separados es difícil explicar por qué despertamos juntos esta mañana, golpeados por la resaca. Los detalles son irrelevantes. Sólo diré que Mujer Maravilla es la mar de comprensible, que aprendes a quererla como ese amigo sin pene con quien puedes —válgame el cielo— ser sincero. De lo contrario no hubiera tenido el valor de decir, con toda la correctancia posible, que no quería cojer.

—Pero tú siempre quieres cojer.

—Ahora ya no, no siempre.

—¿Por qué? —me pregunta, y no contesto. Me siento como esas chicas tiquismiquis que suelen decir: “Es que tengo una menstruación imaginaria”.

Obliterado del seso, recurro al engaño.

—Es que en el tiempo que nos separamos... me he vuelto budista.

—¿Y eso qué? Mi exmarido era budista, y cojíamos todo el tiempo —el argumento es sólido, pero me apresuro a decir:

—Bueno, es que yo... yo soy de los budistas que no cojen.

—Comprendo... —dice ella, que en realidad no comprende nada, pero sonrío. Brilla en sus ojos un mar de significados, tal vez

adjetivos. Desganada, deja de apretarme el pito; me da la espalda (esa espalda a la que solía aferrarme como un náufrago), y dice:

—Es una lástima, porque he estado practicando, y pensaba enseñarte cosas, cosas que no aprenderías ni en la India.

—No lo dudo, *Teacher*.

El apodo de *Teacher* se lo ganó a base de intensas jornadas del estudio de su cuerpo. No sé si aprobé con honores o arañando la suficiencia su imbricado seminario sexual; en todo caso —permítanme este giño de vanidad—, no creo haber reprobado.

“...cosas que no aprenderías ni en la India” ... es un golpe bajo, porque sé que no bromea. Hay cosas que Mujer Maravilla sabe hacer como pocas mujeres: bailar árabe, escribir poemas, y exprimirte como un limón de temporada.

Aunque se finja molesta, sé que no le interesa; no piensa en mí realmente; lo sé porque su respiración es normal y la tristeza de sus ojos proviene de una decepción más bien lejana.

A Mujer Maravilla la conocí en uno de esos encuentros literatos donde la gente habla de literatura (estoy consciente del perogrullo, pero se da por contagio que estos encuentros literarios sean un enorme perogrullo). Luego de escuchar a una runfla de grandiosísimos escritores, todos ellos genios para sí mismos, que leían enfebrecidos sus insuperables obras en el café local, seguimos la tertulia en el bar de enfrente.

Llenamos el bar. De espaldas a Mujer Maravilla, la escuchaba disertar sobre el sadomasoquismo a un grupo de ínclitos poetas que soñaban con verla en cueros esgrimiendo un látigo infame. En mi mesa un par de amigos discutían sobre Palahniuk y *El club de la pelea*, y sobre la posibilidad de hacer una poetiza: encuentro entre poetas

que recitan sus versos mientras se trenzan a golpes. Ya borrachos, nos pareció una idea genial. Muy valentones nos dirigimos a la puerta.

—¿Ya se van? —preguntó Mujer Maravilla.

—No, sólo vamos a rompernos la cara. Ya volvemos —respondí, con esa dura expresión de hombrecito rudo que ahora me avergüenza.

Minutos después regresé con una costilla semirrita, un dedo chueco y la ceja abierta. Mujer Maravilla seguía disertando sobre la poesía sado y el budismo rinzai. Al ver que mi ceja no paraba de sangrar, golpeteó la silla a su lado diciendo: “Siéntate, querido”; sacó un pañuelito del sostén y comenzó a limpiarme con cuidado (tiempo después me confesó que le había enternecido —y excitado— mi actitud de mequetrefe de cantina).

—¿Por qué lo haces? —pregunté, como un niño que se refugia en el pecho de su madre.

—Porque me gustan las heridas —dijo, como una madre que termina de consolar al hijo. Luego me levantó de un empujón y siguió conversando como si nada.

No volvimos a hablar. Traté de integrarme a su charla, pero yo no era poeta y nadie reparaba en mis dichos. Uno de sus admiradores, que presumía vastos conocimientos del sexo, me preguntó qué opinaba sobre las costumbres coitales de las mujeres balcánicas. Sólo atiné a responder con la verdad:

—No sé nada de sexo; no me interesa mucho el sexo.

Tiempo después Mujer Maravilla me confesaría que le había excitado —y enternecido— mi autismo sexual.

—A mí tampoco me interesa mucho el sexo— dijo cómplice, y tomó mi mano con ternura. Luego la soltó y siguió charlando indiferente. Yo seguí bebiendo. Canté y bailé y vomité. Por

la madrugada salí de nuevo al callejón a pelear y leer poesía. Creí que estaba peleando muy bien porque esta vez tenía público. Pero en realidad se burlaban de mí. Entre el público se asomó Mujer Maravilla, se acercó y me recomendó que parara.

—Créeme, es una batalla perdida.

—¿Ah sí? ¿Por qué estás tan segura?

—Porque estás peleando con tu sombra —dijo, y del público brotaron las risas. La vi alejarse. Entre el sueño y el cansancio y la borrachera sentí que alguien me arrojaba dentro de un taxi. Tirado en el asiento trasero veía cómo las luces corrían a gran velocidad. Recordé que no sabía el nombre de Mujer Maravilla. Nunca se lo pregunté.

Dos meses después fui invitado al bar. “Vendrá Mujer Maravilla”, decía el mensaje.

Ahí la encontré, discutiendo sobre poesía y peleas, también algo sobre Borges y Kerouak. Nuestro reencuentro fue más bien frío, impersonal. Me dediqué a beber y escucharla sin involucrarme. Serían las dos de la mañana cuando los amigos de pelea y poesía fueron por cigarros (en realidad iban por unos tacos y no querían invitarnos); un tercer tipo, que nadie conocía, dormitaba en la mesa. Técnicamente, Mujer Maravilla y yo también éramos desconocidos: no sabía su nombre, nada. Ella tomó la iniciativa: tomó mi cabeza y la examinó con aires de enfermera.

—Mmmmh, sí. Tu herida ya cerró y no dejará cicatriz. Es una lástima. Me gustan las cicatrices.

—Puedo golpearme con el filo de la mesa. Eso dejaría una buena cicatriz —dije, inclinando el rostro contra el filo, para que viera que hablaba en serio.

—Sí podrías, pero no sería espontánea. Sólo me gustan las heridas espontáneas —dijo.

—¿Y qué más te gusta? Aparte de las heridas espontáneas.

—Pues verás... —y ahí comenzó una conversación que embonó como una pistola en una funda. Era inteligente y poseía un mordaz sentido del humor. Su charla era natural y gozosa, lúdica. No tenía la menor prisa por decir nada profundo ni impresionar a nadie. Hacía bromas sobre el desconocido de la mesa (que roncaba con mucho entusiasmo) y criticaba sin pudor el pésimo desempeño de los músicos locales.

—...caras de mal cojidos todos. Míralos. Ojalá no toquen a sus mujeres como tocan sus instrumentos, eso sería una violación —dijo, y dio un trago. Consideré que era el momento de intentarlo.

—Oye, lo que dije la vez pasada es cierto. No sé nada de sexo.

—Está bien —dijo, remojando sus labios por el tarro, formando una sonrisa ambarina—. Yo sé bastante de sexo. Con que uno de los dos sepa es suficiente.

—Qué bueno, porque llevo horas pensando cómo decirte.

—Decirme qué —dijo, ladeando un poco el rostro, adormilada por la cerveza.

—Decirte que quiero cojerte, cojerte mucho, y luego invitarte a comer unos *twinkies*, porque luego de cojer me gusta comer *twinkies* y fumar un cigarrillo. Quiero decirte todo eso, pero no se me ocurre cómo decirlo —y en verdad no sabía cómo decirlo, y al parecer no supe cómo decirlo, porque me miró en silencio, muy seria.

—No, gracias. No me interesa —dijo, tomando el cigarrillo.

—¿Por qué? ¿No te gustan los *twinkies*? —ella vuelve a reír, un poco tonta, casi pedante.

—Oye, en serio ¿Es tu mejor argumento para ligar?

—No es mi mejor argumento. Es mi único argumento.

—Si quieres sexo, empieza por ser amable; por decir algo como: “Señorita, ¿le interesaría hacerlo conmigo?” A las mujeres nos gusta la educación, la amabilidad.

—Está bien —dije; y afiné la voz—: Señorita, ¿le interesaría hacerlo conmigo? —y esperé, esperé... pero Mujer Maravilla no escuchó. Junto a nosotros pasó un tipo, un espécimen alto y bello, con una sonrisa encantadora. Ella lo miró como si se conocieran de años pero jugaran a no reconocerse. Repetí la frase “Señorita, ¿le interesaría a usted hacerlo conmigo?” ella meneó la cabeza, regresó de pronto.

—Por supuesto que... ¡no! Jamás cojería contigo, jamás en la vida —y de nuevo la risilla pedante.

—Oye, creí que...

—¿...que cojería contigo porque eres amable? Vaya que eres lento. Pensé que bromeabas, pero es cierto: no sabes nada de sexo —dijo, concentrada en el tipo de la sonrisa encantadora. Lo siguió con la mirada hasta la barra, lo vio saludar a sus amigos, todos lindos, todos encantadores.

Sentí rabia, pero la mastiqué en silencio. Era cierto, no sabía nada de sexo y carecía de medios y argumentos para cojer con Mujer Maravilla (hasta el mesero granoso tenía más posibilidades), y cada segundo la sentía más enganchada al tipo encantador. “Vale, no pasa nada —pensé—; partí del fracaso y ahora es momento de partir con dignidad”, pero ella vio mis intenciones y me tomó del brazo como a un niño. Esta vez quería que sucediera. La chica me gustaba realmente y tenía la horrible sensación de que algo podría ocurrir, algo de lo que

podríamos burlarnos juntos mucho tiempo después, así que cometí el error más vulgar de todo hombre pequeño: tener esperanza.

Seguimos charlando, pero ella se tornó distante. Y aprovechaba cada minuto para mirar hacia la barra. Estaba celoso. La imaginé desnuda junto al tipo. Los imaginé cansados y satisfechos, fumando, escuchando música, en una divertida charla de sobrecama. Me hundí en la silla pensando cómo habíamos llegado a esto. Si hace un rato la tenía comiendo de mis palabras, “¡Conversemos pues!”, pensé, tratando de mantener la efervescencia de reinterearla en mí, de volver a jugar. Pero Mujer Maravilla comenzó a bostezar, a tamborilear los dedos y tararear las canciones de la banda local. Cada intento desesperado acentuaba más la humillación.

Lo mejor era largarme, pero no podía largarme, porque sentía —ingenuo de mí— que debía ganar esta vez. No todo estaba perdido; algo interesante podría pasar en cualquier momento, sólo era cuestión de provocarlo, de ser un poco más intrépido.

Ser intrépido. No contaba con que Mujer Maravilla estaba pensando lo mismo.

—Querido, el mesero es lento como la justicia. Voy a la barra por más tragos.

—La barra está llena. Esperemos al mesero.

—Los árboles esperan; yo no espero.

—Entonces te acompaño.

—¡No! Quédate con el señor ronquidos; no tardo —dijo, levantándose con prisa—; ¿podrás soportar mi ausencia?

—No lo sé. Aquí hay mucha gente. Tengo miedo —dije, pero ya no escuchó. Caminó hasta la barra, llamó al barman y pidió dos tarros haciendo la V de la victoria con los dedos. El tipo de la

sonrisa encantadora también hizo la V de la victoria con un gesto cómico, parodiando tal vez a un jipi o a Richard Nixon. Ella rió y comenzaron a charlar. La charla era un pretexto. Su comunicación era estrictamente corporal: él tomaba su trago apretando los bíceps, mientras ella humedecía los labios, hacía píspiros con los ojos, acercaba y alejaba su cuerpo. Él la tomaba de la cintura mientras ella meneaba las caderas con la música o cruzaba los brazos para levantarse los senos. No era un coqueteo, era un documental de National Geographic sobre conductas de apareamiento animal. En cualquier momento el tipo le daría la vuelta para olisquear su trasero.

No me equivoqué al pensar que algo interesante pasaría en cualquier momento, pero no conmigo. Ella decidió ser más intrépida.

De la humillación pasé a la paranoia: sentí que las charlas del bar giraban en torno a mi persona... “Míralo. Su chica se ha ido a ligar en sus narices. Vaya tipo”.

Pedí la cuenta, tomé mi chamarra y esperé que ella me viera salir. Ondeé la mano en franca despedida. Mujer Maravilla levantó las cejas. Disfruté su incertidumbre. La imaginé corriendo hacia mí, arrepentida, diciendo que lo sentía, que sólo intentaba darme celos, que quería amarme, que esa noche haríamos el amor... Nada de eso: levantó su tarro, despreocupada, y formó un teléfono con su mano para decir:

“Llámame”.

Yo también levanté la mano y formé un teléfono con los dedos. Aproveché el ruido y la distancia para decir bien fuerte:

“¡Púdrete!”.

Luego de mi inocente venganza llegué a la puerta, muy despacio (porque en verdad deseaba que sucediera, que ella corriera hacia mí, que me buscara). A punto de salir, mis amigos regresaban de comer.

—Lo siento, nos tardamos un poco porque...

—Está bien, no importa —dijo Mujer Maravilla detrás de mí, un poco agitada por la carrera—. Planeamos seguirla en otro lado, ¿no es cierto? —me tomó del brazo, como esperando mi aprobación— ¿No es cierto?

—¿Dónde sugieren? —dijo uno de mis amigos, que intentaba con su lengua sacarse un cilantro entre los dientes.

—¿Podemos ir a tu casa? —dijo Mujer Maravilla, aún prendida de mi brazo— ¿Podemos? —volvió a preguntar.

—Bueno... yo creo que sí, sí podemos. Pero sin hacer mucho ruido, es que a veces mi mamá se despierta y me regaña —dije, pero nadie me hizo caso. Nos subimos al carro del amigo del cilantro (ahora intentaba sacarlo con el meñique). Hicimos parada en un Oxxo. Luego de un silencio incómodo, Mujer Maravilla bajó del auto tarareando una canción.

—¿No vienes?

—No.

—¿Estás enojado conmigo?

—No.

—¿Estás enojado porque no quise cojer contigo?

—Está bien, no importa.

—Eres un niño —dijo, y entró al Oxxo dando brinquitos.

Regresó el tipo del cilantro —ahora intentaba extirparlo con un palillo— me pasó una bolsa con dos botellas, botanas y cigarros. Mujer Maravilla entró al auto y me arrojó a la cara un par de twinkies.

—Son para ti —dijo—. Y por amor al Redentor, ¡quita esa cara de idiota!

La reunión en mi casa duró tres días con sus noches (ni siquiera recuerdo cuándo se fueron los peleadores poetas). Fue el principio de una temporada que recordaríamos como una montaña rusa, rusa y borrosa, donde la única prioridad oscilaba entre la bebida, la cama y los libros, siempre los libros.

Fue un alivio que sólo durara tres meses. Mi cuerpo no lo habría soportado. Eran jornadas exhaustivas, sobre todo por su carácter pedagógico: Mujer Maravilla me enseñó a leer poesía, a descifrar a Vallejo, a Whitman, a Lezama, a desacralizar a Neruda y a pasarnos el día desnudos.

La escuchaba opinar sobre cualquier cosa: poesía, ciencia, filósofos franceses... Hablaba por horas y horas, agitando los brazos o abriendo inmensamente los ojos ante el descubrimiento de un poema largo que ella recitaba de memoria y lo detenía de un golpe sólo para beber a tiro de botella uno, dos o tres o cuatro tragos mientras yo disfrutaba escuchando el gulp gulp del alcohol bajando por su garganta delgadita.

Alcoholibrosexoalcoholibrosexoalcoholibrosexobailadeslumbrabailadeslumbra...

No podía ir a su ritmo ni en la cama ni en los libros, y a veces ella caía en hidromurias de aburrimiento, en sustalos desesperados por un debate, una confrontación, un eco inteligente a sus disertaciones, pero yo no era capaz. Mi limitación artística e intelectual rayaba el vilipendio.

—Cuando te vi en el encuentro creí que sabías de poesía.

—De poesía nunca he sabido nada. Hasta la fecha no sé, no me entero.

—Entonces cojamos —decía, un poco frustrada. Pero yo no quería defraudarla. Me ejercité en los libros: memorizaba nombres y fechas y teorías. Buscaba poetas raros, misteriosos e interesantes, autores de culto para ofrendarlos a Mujer Maravilla. Quería convencerla que yo también sabía de literatura, de alta poesía, demostrarle que también podía sentarme en los cafés a rascarme la piocha hirsuta y colocar un ladrillo en la casa de las letras. Entonces íbamos al café de siempre o a la cantina y luego a mi casa y yo abría mi gran bocota diciendo: “¿Conoces a fulanito?”, y ella se quitaba la ropa sin parpadear, diciendo que le fascinaba fulanito: “Fue un gran poeta sudventista; recuerdo la primera vez que lo leí...”, y de nuevo me agobiaba no estar a la altura de sus conversaciones. ¿Qué más podía hacer? Aprender a escucharla sin pronunciar una palabra, sólo fumar, tratando de que no fuera tan evidente mi ignorancia.

Recuerdo una ocasión: sería medianoche. Ella se retorció sobre mí formando riquísimos ochos imaginarios, y justo después de mi estremecimiento se procuró un cigarrillo, y sin quitarse de encima comenzó a hablar de García Lorca y su teoría del duende; para cuando agotó sus conjeturas, ya habíamos recorrido Nueva York y Granada en varios coitos.

En otra ocasión comenzó a disertar sobre un escritor checo que me pareció más grande que Jesucristo. Por cada anécdota sobre este escritor se iba quitando una prenda. A las siete de la mañana culminó su cátedra desnuda con un bostezo infantil. Se enrolló en la cobija y de inmediato se quedó dormida. Yo la seguí mirando un largo rato desde el sofá. Parecía una niña.

Un día me decidí a mostrarle mis poemas. Sentada en loto sobre la alfombra, leía con la ternura de una madre que teme romperle el corazón a un niño, pero al final me lo rompía, diciendo que no eran poemas, sino graciosos artefactos sin alma... “No puede tocar el alma un artefacto que no tiene alma”, decía, con una crueldad que luego acitronaba diciendo que mis textos tenían cierta vena poética... nunca entendí eso de la vena poética; yo quería que mis poemas tuvieran no sólo vena poética sino riñones poéticos, hígados, tendones, nervios poéticos; en todo caso, fuera o no fuera poética esa vena, un día me la rebanó con su lengua filosa cuando me dijo, muy seria, que era tiempo de madurar y tomar decisiones de gente grande: trabajar como un negro para lograr algunos poemas decentes, o portarme como un hombre, agarrarme los riñones —nada poéticos— y aceptar que jamás le abriría las piernas a la poesía. “Pero no te preocupes, siempre tendrás la posibilidad de abrir las mías”, decía, aminorando la tragedia.

Hasta aquí se pensará que Mujer Maravilla es una máquina de transgredir braguetas. Pero no: a diferencia de la gran, enorme, inmensa mayoría de mujeres, ella no cojía por necesidad, por chantaje o por amor (Dios mío, cojer por amor, qué cosa más degenerada). Ella cojía por gusto, y se cojía a cualquiera por gusto, y si no le gustabas, olvídate. Aunque fueras el hombre más viril del universo, ella te diría con el placer de una patada en el escroto “Oh, nene, en verdad lo siento”.

Me he perdido tanto contando estas fruslerías, que no sé cómo explicar el resto.

Luego de aquella temporada en que nos gustaba jugar a querernos y a que no terminaría nunca, llegó una mañana a decirme que

se iba. No le pregunté la razón porque no me daría ninguna. “Está bien”, dije, y me senté junto a la ventana a mirar cómo recogía con prisa sus libros, sus discos y algunos sostenes. Cuando terminó, me tomó del mentón y me acarició el cabello mientras decía: “Oh, nene, en verdad lo siento”, con una expresión que podría conmover al mismísimo Hitler. Desde la ventana observé a un tipo fumando en un auto viejo. Era el sujeto del bar, el de la sonrisa encantadora, esperando a Mujer Maravilla.

—Eres una puta —dije.

—Y tú eres un niño —dijo, y no volvimos a vernos en cinco años, hasta el domingo de esta mañana en que despertamos con una resaca del diablo y ella hurga en mi bragueta y yo no soy capaz de explicarle que no tengo el valor de cojer con ella.

—Aún eres un niño —me dice, como si escuchara mis pensamientos—. ¿Y qué cargan mis pensamientos? La razón por la que se fue hace cinco años: se enamoró de un tipo, un tipo alto y de sonrisa encantadora, y dejó de ser mordaz, mordaz y maravillosa, y comenzó a cojer por necesidad, luego por chantaje, luego por amor.

Dios, ¡cojer por amor! Qué cosa más degenerada.

No es normal

Es mi amigo. Quizá el mejor que he tenido. Un tipo grande. Pesa más de cien kilos.

Nos reunimos con frecuencia por dos razones fundamentales: beber güisqui y escuchar blues. Durante las sesiones hablamos poco; nos conocemos de toda la vida, una vida monótona y gris que más valdría no ser contada, porque eso haría, simplemente, más pesado todo esto.

Compramos religiosamente dos botellas de güisqui (mi amigo necesita al menos una botella para sentirse colocado), luego seleccionamos una larga discografía de los viejos que nos acompañarán durante la noche. Casi todos están muertos.

Mi amigo se acomoda en el reclinable, descansa los pies en una mesa enana y prende uno, dos, tres cigarrillos. Yo me tumbo en el

sofá; cierro los ojos. En silencio escuchamos las plegarias no atendidas de Sam Mitchell, de Lipscomb, de Waters.

—Bebemos al amparo de los reyes y los ciegos —murmuro, mientras suben al escenario Blind Lemon Jefferson, Blind Willie Mc Tell, Blind W. Johnson y los Albert, los Freddie, los BB's.

Entre canciones conversamos, muy poco. Nada elaborado:

“Sonny Boy lo hizo de nuevo”.

“Brownie Magee remontó su tren”.

“Howling ha mejorado su aullido”.

Luego de tres o cuatro horas tomamos un receso, bajamos el volumen y hacemos preguntas de rutina.

—¿Cómo sigue tu pie derecho? —le pregunto— Lo he visto cojear en los últimos meses.

—Ya un poco mejor. A veces el dolor se va, luego regresa, sobre todo cuando hace frío. Siempre duele más cuando hace frío.

—Nos hemos hecho viejos —le digo, tamborileando los dedos sobre la bebida, al ritmo de Magic Sam.

My love will never die.

—Es el declive —dice mi amigo.

—¿El declive?

—El declive, sí —da un trago y una fumada. Acomoda la pierna en el taburete—. Eso dijo el doctor esta mañana.

—¿Qué te ha dicho el doctor esta mañana?

—Le dije que no me parecía normal que de golpe llegaran tantas molestias, tanto insomnio por las noches, tanto cansancio en el día; el agotamiento físico. El dolor del pie. No es normal que te llegue todo así, de golpe.

Yo creo que casi todos los dolores llegan así, de un golpe.

—Le dije que no era normal, al menos en mí, por mi historial. Hace unos años, ¿te acuerdas? Corría cinco kilómetros por la mañana y boxeaba todos los días; incluso bebía y fumaba mucho más que ahora, pero no me afectaba. “No es normal”, le dije al doc, “no es normal que ahora corra tras el camión y el corazón se me reviente”.

—¿Y qué te dijo?

—Al principio nada. Yo explicaba y explicaba, pero él seguía muy concentrado escribiendo recetas. No volteaba ni nada. Ni siquiera cuando yo le dije: “Doctor, no es normal. ¿Qué me pasa?”, y entonces me lo dijo.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo: “Es normal: está usted en el declive” —mi amigo se incorpora, tan grande como es, hasta la mesita y se prepara otro trago.

—¿Eso te dijo?

—Sí, con esas palabras: “Es normal: está usted en el declive”, y luego dijo: “para un hombre promedio, después de los treinta viene el declive”.

—El declive. Sí.

Mi amigo prende otro cigarro con la colilla del anterior. Toma la guitarra, emite un par de *riffs*, y luego un par de solos al compás de “Queen of spades”. Es un virtuoso: sabe ejecutar *bendings* y *vibratos* con el mismo mariposeo de un BB King. Mi amigo tiene el blues. Pero se cansa rápido. Recarga la guitarra en la pared. Toma su trago.

—El doc me recetó vitaminas, y me exigió que volviera a correr por las mañanas, aunque fuera tras el camión, y que dejara de

fumar y beber. Me prohibió la comida chatarra, las grasas; me prohibió ver mucha televisión y desvelarme.

Mira la carátula del reloj: son las 4:36 de la mañana.

A esa hora, cuando alguno de los dos ya no puede sostenerse en pie, clausuramos la sesión con Robert Johnson.

—Sólo falta que te prohíba escuchar blues —le digo, mientras coloco el disco y se esparce en el ambiente, como una lluvia de ascuas, el chisporroteo del vinil. Las primeras notas de “Rambling on my mind” nos hacen vibrar.

—Es como si me lo hubiera prohibido. No sé cómo sería escuchar el blues sin alcohol ni cigarros. Sería como metérsela a una muñeca inflable con un preservativo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Dijo que una vida saludable no me ayudará gran cosa, pero evitará que acelere el declive.

—El declive, sí. ¿Y qué piensas hacer? —mi amigo no responde. Ya está muy borracho. Cabecea con los ojos entrecerrados. El cigarrillo cae de sus dedos. Por un segundo me hipnotiza la flamita roja que muy lentamente se expande sobre la alfombra. No me alarmino, al contrario, me siento abrigado por un momento de contemplación, pensando que esa diminuta chispa, al cabo de un rato, se convertirá en un incendio que lo devorará todo. Ya puedo ver a mi amigo rodeado de flamas, como si dormitara en el infierno. Entonces farfulla algo, manotea y deja caer su vaso, justo sobre la flamita.

—Lo siento... —dice adormilado— en verdad lo siento.

—No hay nada que sentir, amigo —no me atrevo a decirle que su descuido nos ha salvado, al menos por hoy.

—¿Estas listo para Johnson? —pregunto, y subo el volumen. Ya no me hace caso.

Con las primeras notas de “Crossroads” comienza a clarear. Ya me siento envuelto en la cálida ensoñación de la embriaguez. Voy cerrando los parpados con la esperanza de dormir, abandonarme aunque sea un rato, cuando de pronto veo a mi amigo respirar a profundidad, darse unas cachetadas para espabilarse, servir los vasos hasta el borde y dejarlos caer con fuerza sobre la mesita.

—Levántate —dice mi amigo, tarareando la melodía— ¡vamos a seguir!

I went down to the crossroad...

Fell down on my knees.

—Ya no tengo sueño —le escucho decir, quizá en plural, no lo sé. Sólo sé que en sus ojos hay un furor, un poco triste, pero furor al fin. Es la expresión de un hombre que se resiste —como un héroe o un necio— a entregarse al declive.

Mi cuerpo es un costal de box recién golpeado, pero al verlo retar al declive, y con los primeros rayos de sol, recobro un poco de brío. No lo quiero defraudar. Chocamos los vasos.

You can run, you can run...

Se mantiene quieto, mirando hacia la ventana como lo haría una beata, y de golpe, como suelen llegar todas las cosas que duelen, el furor en sus ojos deriva en un rencor más bien silencioso.

—Ese doctor es un pendejo —murmura, a mitad de un trago—. ¿Cómo se le ocurre... cómo, cómo se le ocurre que sea normal?, quiero decir, ¿quién podría escuchar blues de otra manera?

Ese oscuro deseo del objeto (la pared)

Llevaba un par de horas observando la pared cuando Isaac llamó.

—¿Qué haces?

—Estoy observando la pared —dije sin quitarle un ojo de encima. Mi amigo trató de disuadirme.

—Vayamos por una cerveza; quizá conozcamos algunas chicas.

—No puedo, estoy muy ocupado —dije, y colgué.

Seguí observando mi pared. De alguna manera, me siento comprometido con ella. Durante años me ha protegido del mundo y del frío, de los ladrones y los malos sueños, de los torrentes de pensamientos como agua puerca. Me ha protegido de la gente que no quiero, e incluso, de la gente que sí quiero.

En tiempos de tristeza me recargo en ella y siento su apoyo incondicional. Sé que podría levantar el teléfono y decir a mi amigo

que cambié de opinión, salir a beber algo y conocer algunas chicas. Pero estaría incómodo todo el tiempo, sólo pensando si mi pared se encuentra bien o quizá necesite algo.

Sé que podría estar ahora mismo en la barra del bar, con un tarro de cerveza en la mano, tratando de convencer a alguna chica. No es cierto, en realidad estaría nervioso, mirando el reloj, imaginando que alguien se acerca a mi pared, que alguien se recarga en ella, la mancilla con groseros símbolos o le inserta clavos oxidados. Quizá mi pared también me extraña, y al dejarla sola toda la noche, ha tomado una de esas decisiones absurdas. Ahora imagino que llevo alguna chica a la casa y al abrir la puerta descubrimos que mi pared ya no está; ¡se ha largado!

No podría soportarlo, mucho menos si la chica me pregunta consternada: “Oye ¿dónde está tu pared?” y no contestaría nada. Me sentaría en el suelo a llorar.

Quizá todo esto debería ocurrir para que mis amigos comprendan por qué dedico tantas horas a observar mi pared.

Ese oscuro deseo del objeto (la cama)

Esta mañana me ha despertado la vecina para anunciarme que se larga porque ya no aguanta a su marido.

—Necesito que me prestes un martillo para desarmar la cama porque me la voy a llevar.

—¿La cama?

—Sí, la cama y la tele son mías. Todas las demás chingaderas se las puede quedar ese cabrón, pero la cama y la tele son mías —dice ella, muy molesta.

—Oye, cálmate. Entiendo que lo abandones y te lleves la cama, pero la tele... eso sería un crimen.

—Ya está decidido. Me llevo la tele porque me la llevo, ¿me vas a prestar ese martillo o qué?

—Está bien, está bien, pero ¿ya no te volveré a ver?

—No lo creo; me voy a casa de una tía que vive lejos. Quizá te llame un día de éstos.

—¿Eso quiere decir que ya... nada de nada?

—Así es; ya nada de nada —dijo resuelta, con un gesto duro, el rostro endurecido por las circunstancias. Entonces comprendí que la vecina se había vuelto de aerolito. Después de nuestro último encuentro, tan lamentable, invertí todo el día en recuperar su confianza. Le compré rosas, chocolates y un horrible oso de peluche rosa. La llené de besos y perdones, la traté como una reina zapoteca, pero al final, aunque accedió a todas mis disculpas, descubrí que había cambiado: ya no es la dulce y coqueta chiquilla que entraba en mi habitación mirando al suelo, que aceptaba la violencia sexual con cierta naturalidad o resignación, la misma que en sus ratos felices rayoneaba corazones en hojas sueltas. Ahora, envalentonada por la autonomía que le da ganar su propio dinero, es ella quien grita furiosa, quien corre al marido a sartenazos o lo deja maldiciendo en la escalera, farfullando como un borrachín miserable.

Sin duda la vecina se ha endurecido.

Debí advertirlo justo aquel día que me distraje y no pude ofrecer el sexo que ella esperaba. De un reparo se levantó fastidiada.

—Dejémoslo para otro día —dijo dando un profundo suspiro, y comenzó a vestirse. Yo sabía qué pasaba. Aun así, cometí el error de preguntar. Incluso intenté un argumento, pero ella me detuvo en seco.

—Mira ¿de verdad quíeres saber qué pasa? pasa que cada vez te pareces más a mi marido —dijo con una sonrisa burlona, saboreando la respuesta, y no volvió a verme hasta hoy que me pide un martillo y me dice que se larga. Aun así no alcanzamos a definir la situación;

después de ese “nada de nada” hubo de todo, con esa costumbre tan suya de gemir como niña, y al final tuve que ponerle un cojín en la cara, como la primera vez. Eso fue atentar contra la nostalgia. Después intenté abrazarla, pero giró hoscamente sobre la cama, me miró con odio, pescó un cigarro de la mesita y volvió a sonreír.

—¿Ya me puedes prestar tu martillo?

—Sí —contesté, sacando de mi cajón de herramientas un ejemplar bastante oxidado.

Me sentí comprometido, al menos, con ayudarle a desarmar su cama; esa cama que ya estaba desarmada hacía mucho tiempo, vencida por el peso de la violencia conyugal. Mientras aflojaba los tornillos, recordaba mi propia historia, y ante las irremediables comparaciones, su caso y el mío sostienen algunas diferencias sustanciales: mi exmujer era muy tonta, carente de coraje para agarrar la vida por los cuernos, para tomar un martillo y desarmar la cama donde habíamos puesto tantas esperanzas. Es cierto que —al igual que la vecina— mi mujer fue perdiendo resplandor. Su inocencia derivó en una estupidez maliciosa que la volvió despreciable. Yo era menos tolerante que el marido de la vecina, más preciso en la colocación del daño y la manera de pasarnos la vida en guerra.

Claro que no teníamos la intención de separarnos. Podíamos desollarnos vivos, pero nunca separarnos. Respirábamos a través del odio; entonces, ¿cómo liberar a esa persona que te mantiene vivo a través del odio? A primera hora mi objetivo era claro: hacerla sentir miserable, más miserable que al perro que dejan dormir en el rincón de una gerencia.

Es cierto que mi exmujer no era tan tonta como la recuerdo; incluso la necesidad de defensa la volvió experta en chantajearme

con esa mezcla de amor sexual que a los hombres pequeños nos aterra perder. Sin familia ni amigos, con un empleo de quince horas barriendo desechos industriales, no encontraba otro desahogo que el sexo vulgar, venerable —y venéreo— refugio de las almas pobres.

Vivir con la persona que odias es el mejor entrenamiento para soportar las vicisitudes de la vida ordinaria.

Pienso en todo eso mientras acabamos de desarmar la cama.

—Bueno, supongo que es la última vez que nos vemos —dije a mi vecina, mientras le acaricio el cuello esperando una segunda oportunidad.

—Supongo que sí. Quizá un día nos encontremos por ahí. Yo te llamo.

—Sí, tú me llamas —sabía que mentía.

—Toma tu martillo —dijo. Lo tomé y regresé a mi cuarto. Me senté a mirar la pared. Revisé el reloj: habían pasado tres minutos y ya había comenzado a extrañarla. Me sacudí ese horrible sentimiento y dejé que la mañana se fuera pudriendo hasta el mediodía.

Ese oscuro deseo del objeto (el teléfono)

—Buenos días. Le saluda Marco Godínez. Le llamo de Telmex para informarle que tiene un saldo vencido desde el día 4 de septiembre, ¿contamos con su pago?

—Buenos días, Marco. No.

—¿Disculpe?

—Lo disculpo.

—Quiero decir, ¿contamos con su pago?

—Ya le dije que no.

—Esto causará la baja de su línea y un costo por reactivación.

—Lo sé.

—Entonces, ¿contamos con su pago?

—...

—Señor, ¿me escucha?

—Usted sólo quiere mi dinero... ¡No le importan mis sentimientos!

—¿Cómo dice?

—Por favor, cuelgue y reflexione sobre su egoísmo.

Terapeuta

Me llamo Gabriel. Vivo en una cerrada; es angosta y hermosa. Algunas casas tienen patio abierto; otras, un jardín trasero. Vista desde el frente, mi casa es la primera de la derecha; se reconoce por sus tejas de madera falsa que le dan un aspecto inglés, también falso. Por la tarde mi cuarto recibe cantidades muy nutritivas de sol... no sé qué más decir; hablo de mi casa como lo haría un vulgar vendedor de bienes raíces. Debería escribir de mí, pero yo no soy nadie. Podría escribir las cosas que pienso, pero no pienso casi nada ¿qué es todo esto, entonces? El producto de una idea ajena, la de mi terapeuta. En la segunda sesión me dijo: “Ya que te gusta tanto leer, deberías escribir algo, ¿por qué no empiezas un diario?”; lo miré sin parpadear: “No se ofenda, doc, pero me parece una idea muy estúpida”. En realidad me pareció una idea excelente, pero

dije lo contrario por su bien. Hacerlo sentir satisfecho mataría su reducida —quizá única— partícula de voluntad. Es mejor que crea que sus técnicas introductorias no han dado resultados conmigo y que debe esforzarse un poco más.

Mi terapeuta inspira de inmediato una lástima endémica. Su personalidad apagada desmotiva cualquier conversación, cualquier contacto. Es del tipo de personas que finges no reconocer en la calle aunque sea tu vecino. Cuando leo una novela plagada de gente mediocre, irremediablemente acudo a su rostro. A veces pienso que los actos más heroicos de su vida han sido cumplir con sus obligaciones fiscales, motivar un orgasmo, regular a su mujer o devolver un maletín olvidado en un taxi. Quizá esta mañana ayudó a una anciana a subir al colectivo, y sonrió todo el día pensando en el sentido de la vida.

Deberían prohibir el estudio de la psicología a las personalidades débiles: no sólo desfavorecen al gremio, también invitan a otros palurdos a imitarlos.

A veces, cuando nota que me aburro, abandona su estrategia de psicoanalista amigable: endurece el gesto y se porta frío, arrogante, dueño de la situación. Trata de hacerse el misterioso. Es difícil no sentir lástima por él. Todo el mundo sabe que en el juego del policía malo y el policía bueno jamás deben intercambiarse los papeles.

Pero no todo es tan deprimente: durante las sesiones me deja fumar. Él dice que no fuma, pero es evidente que lo hace a escondidas. Cree que dejarme fumar creará entre nosotros un círculo de confianza y que eso será útil para el tratamiento (antes evitaba la palabra tratamiento; ahora sé que sólo es una palabra y que las palabras no existen); desde el principio detesté que fuera tan cristalino

como una ventana asquerosamente limpia; es imposible fijar la atención en él siendo tan transparente, y es que uno mira las cosas buscando algo, aunque no sepamos qué se busca realmente, pero buscamos, y en el caso de la gente demasiado transparente... qué interés hay en mirar donde es imposible reposar los ojos. Cuando estamos en sesión, termino atravesándolo como a un vidrio recién pulido; es irremediable que suceda, quiero decir, verlo desaparecer. Entonces me distraigo releendo las dedicatorias de sus diplomas bien colgados de la pared o admirando la piel estriada de su sillón de psicoanalista. “¿Escuchaste lo que dije?”, me pregunta. “Sí”, le digo, “es que su conocimiento de la mente humana me sorprende tanto, que prefiero guardar silencio”. “Presiento un poco de sarcasmo en lo que dices”. “No, doc, para nada; bueno sí, un poco ¿ya ve? Descubrió mi sarcasmo al instante; es usted muy profesional”.

Ser demasiado transparente implica ser predecible. Cuando le dije que escribir un diario era una idea estúpida, de inmediato cambió el tema, fingiendo que no era importante. Para ese momento ya lo había atravesado varias veces, con todo y sillón, hasta concentrar la mirada en el nuevo cuadro de su pared del honor. El cuadro era *Mano con globo*, el autorretrato de Escher.

Es un dibujo hermoso, no por el dibujo en sí mismo, sino por la sensación de infinitud que produce —“en sí mismo”, que frase más filosófica y odiosa—. En fin, contemplar ese cuadro siempre me remite a *El Aleph*, de Borges. Estoy convencido que el rostro de Escher no es el tema principal, sino un pretexto visual para hablar del universo. El dibujo —todo el mundo lo conoce; lo venden por docenas en el Centro Histórico— es una esfera que refleja a Escher y a la habitación donde se encuentra. Si no existiera su

habitación, lo reflejaría a él y a los árboles y al cielo, y si no hubiera árboles ni cielo, lo reflejaría a él y al universo; es decir, ese globo lo refleja todo. Pero no es allí donde termina: Escher se dibuja a sí mismo viendo esa esfera, con la certeza de que sus ojos reflejaran lo reflejado en el globo y viceversa, y ping pan pum plas, y así hasta el infinito, como un Aleph, precisamente.

Es un cuadro muy hermoso, lástima que visto a través de mi psicoanalista se haya impregnado —irremediabilmente— de una oscura mediocridad, de una mugre anímica. Yo estaba en todo eso cuando el psicoanalista me preguntó con voz pro-fun-dí-si-ma: “¿En qué piensas en este momento?” (estaba en su faceta de hombre misterioso y no quería defraudarlo). “Pensaba en su propuesta de escribir un diario, doc; a pesar de ser una idea estúpida, creo que intentaré escribirlo”. Se mostró complacido y cambiamos de tema, muy de prisa, porque apenas quedaban ocho minutos de sesión y había que preparar la conversación de cierre, como lo marca el protocolo.

Pobre hombre; sería más fácil si me dijera que faltan ocho minutos y que los podemos emplear en fumar el último cigarrillo escuchando a Bach o contemplando a Escher o ambas cosas. Por el dinero que mi padre le paga para repararme la sesera, debería ser un poco sincero, al menos consigo mismo. Yo trato de serlo con él, pero no lo aprovecha. Un día le propuse que moviéramos la terapia a la cantina de enfrente; acomodarnos en la barra al fragor de la música popular, tamborileando los dedos con gusto, esperando ansiosos la llegada de unos tragos refrescantes. Entonces podríamos conversar con franqueza. Estoy seguro que un tratamiento así daría resultados. Si los psicólogos supieran cuántas verdades son

reveladas en una mesa de cantina, sabrían que su mayor competencia no se educó en prestigiasdas universidades, sino entre mingitorios apestosos, limpiando mesas y sirviendo tragos a hombres mediocres. Pero es inútil. La gente ordinaria, como la gente mala, no cambia nunca. El tipo seguirá siendo tan transparente que puedo saber cómo se comportará en las siguientes sesiones: fingirá que ha olvidado lo del diario, luego esperará que yo lo mencione, aunque sea de paso, y hablaremos sobre él; incluso se atreverá a pedirme que lea en voz alta algunos fragmentos, que comentemos y reflexionemos sobre ellos, que me autoexploro a través de mi escritura, como si eso nos ayudara a... ¡Qué tipo más ordinario! Mejor abandonaré toda esperanza y le diré que no escribí nada.

Considerar la escritura como parte de una terapia es también una idea ordinaria. De dónde sacaría este tipo que mi placer por leer libros debiera inducirme tarde o temprano a escribirlos. Es una apreciación lógica, pero incorrecta. Lo ideal sería que una buena lectura nos invite, ¡nos obligue!, a abandonar ese despropósito, la vana ilusión de que cualquier idiota con dos dedos de frente pudiera robarle algunos renglones al arte. Habría que leer al menos cien mil libros, todos buenos, antes de plantearse la posibilidad de escribir lo que sea. Pero en la práctica no sucede, es un poco imposible, y por eso las librerías están forradas de fracasos espectaculares en ediciones de lujo, hermosas pompas de jabón con pasta dura.

Cuando pienso en esto me pregunto con morbo, ¿cuántos ingenuos no se han partido la cabeza al arrojarse desde el precipicio de sus pretensiones románticas buscando la gran obra? Es una pregunta ociosa, lo sé, porque la historia sólo da cuenta de los

victoriosos; los demás no existen. Aun así no descarto que, en algún punto del mundo, exista otro ocioso como yo que se haya preguntado qué ocurre con los escritores que fracasan, los que vivieron y murieron pudriéndose en sus buhardillas, creyendo que pulían la gran obra, y luego alguien —un ladrón, un vecino— descubre la presunta gran obra y se da cuenta que no vale ni el papel reciclado en que está impreso. Puedo imaginar el rostro de esa persona —del ladrón o el vecino— sosteniendo los legajos con lástima, tratando de suponer los terribles desatinos que llevaron a un ser humano a arruinar su vida por una idiotez.

No veo nada malo en morir como un idiota, pero me aterroriza morir sin haberme enterado.

Como sea, si es que existe en algún lado una especie de historiógrafo de fracasos, un catalogador de pésimos escritores, en caso de que existiera, sus resoluciones serían irrelevantes: una golondrina sorda intentando hacer verano en las tempestades del éxito.

Dejaré estas obsesiones para la terapia, lo demás es claro: negarme a escribir no es negar el mundo, sino aceptarlo. Intentar escribir sería un atentado contra la aceptación del mundo. Quiero decir todo esto de una forma sencilla, pero vuelvo a enredarlo todo y enredarme es una de las tantas razones por las que no escribo: en mi cabeza la idea es perfecta, pero al forrarla de palabras se vuelve un signo muerto y cae al suelo, como un pájaro petrificado.

Aun así trataré de volver al punto, a la idea de que esto que intento explicar es sencillo, porque en realidad lo es: basta con leer a Kafka o Montaigne para saber que no eran tipos equivocados, no eran palurdos como mi pedestre psicoanalista. Luego de leer

a esos monstruos, ¿a quién le pueden quedar ganas de escribir algo? Luego de leer a Whitman o Rulfo, ¿qué corazón tan pequeño y miope abrigaría la esperanza de escribir un jodido verso? Es un acto de perfidia, una ingratitud contra los buenos libros, esos objetos tan nobles y generosos.

Tras varias horas de lectura, y contrario a lo que pueda pensarse, mi cabeza no se llena de ideas sino de silencios. Es difícil explicarlo, porque tampoco sé explicar gran cosa, pero la lectura de un buen libro no fomenta en mí la reflexión, sino la aceptación del mundo como cosa que es, tan igual por dentro como por afuera, sin flequillos de cuestionamientos absurdos.

Sé que hay personas que leen para recordar, imaginar y exaltarse, o para llenarse de información que creen que será útil en sus vidas. Los envidio, porque nunca he leído algo que me sea útil. Quiero decir que ningún libro me ha servido para mejorar mi relación con el mundo. Leer no me ha hecho mejor persona, y mucho menos inteligente, pero mi terapeuta me pide escribir un diario para que después lo lea y descubra cosas de mí que no sabía; ¿cómo voy a descubrir cosas de mí a través de algo que está dentro de mí? Habla de mi problema como si estuviera incubando una bestia que me devorará por dentro.

Recuerdo que, luego de varios años recluido en un manicomio, le preguntaron Robert Walser por qué no dedicaba sus momentos de ocio a escribir, ¡ay!, lo que yo daría por haber visto el rostro del señor Walser al contestar que no había ingresado al manicomio para escribir, sino para estar loco.

Bueno, yo no he ingresado al mundo para escribir, sino para leer, para ser un mayordomo del mundo con algunos permisos

para hojear los libros. He venido a mirar las cosas en silencio y a estar, sencillamente estar. A comer cuando tenga hambre, y dormir cuando tenga sueño, a vivir cuando tenga que... en fin, que ya se entiende la idea.

Si los demás quieren que esté loco, y les complace tener esa certeza, entonces estaré loco, y quizá estoy verdaderamente loco, porque hay veces que un libro me toca, y ya no soy humano, sino un diapasón que vibra y vibra. Luego cierro el libro y dejo de vibrar, y reconozco mis manos y mis piernas, y vuelvo a ser un hombre arraigado en la tierra, sin la mínima sensación de ser mejor o peor o haber aprendido algo. Después de todo, ¿qué importancia puede tener algún conocimiento luego de haber vibrado?

Conversación entre poetas

—La peor tragedia de un poema neomoderno, es tener que lidiar con la palabra amor, es decir, un poema que hable de amor, que diga que amas o que estás enamorado; es una tragedia... —eso ha dicho un grupo de poetas sentados en un café literario, de ésos donde se habla de literatura.

—La palabra amor ya no es poemable, ¿Qué pasa? —se preguntan, y se contestan a sí mismos:

—Pasa que se anquilosó en el circuito del lugar común.

—Pasa que hay una sobreexposición de lo pedestre.

—Pasa que hay demasiado gregarismo en su lírica.

—Pasa que esto y esto y esto... —y no pasa nada. Gabriel escucha y escucha, y no pasa nada.

—Debemos romper el canon, pero sin maltratarlo.

—Hay que transgredir la tradición, pero sin violarla.

—Hay que desesquematar los prolegómenos del estro, pero con inspiración.

El café de Gabriel está frío. Antes de pedir otro se levanta y dice:

—Con su permiso, camaradas; voy a hacer una llamada.

—Llama desde mi celular —dice uno de los poetas.

—Te agradezco, pero quiero salir a fumar un poco.

—Fumar es anticontemporáneo —dice el poeta del cel.

—Sí, es un aclichamiento formal del poeta petimetre del mediosiglo —dice otro poeta, sin cel.

—Tengo que hacer una llamada, y tengo ganas de fumar —dice Gabriel, sonriendo, y sale del café.

Fuma, fuma porque está lloviendo; la lluvia se desborda en triples rizos.

—...tus labios estaban mojados como si los hubiera besado el rocío —recita rulfianamente.

“Ana: Sé que no debería llamarte, que es la hora más agitada en tu horrible trabajo de cajera, pero imagino tu rostro bajo el horrible gorrito laboral y...”, piensa Gabriel mientras hace la llamada.

—¿Cómo va tu reunión con los poetas?

—Magníficamente.

—¿Está lloviendo por allá?

—Magníficamente.

—¿Sólo llamas para decir magníficamente?

—No, sólo llamé para decir que te amo, te amo mucho.

—¿Sólo llamas para decir que me amas?

—Sí, sólo llamo para decir que te amo... mucho.

Regresa al café; los poetas aún discuten:

—La poesía protoexperimental debe ser audaz, y no alterar los avatares del suprarrealismo... ¿Hiciste tu llamada? —pregunta el poeta del cel.

—Sí, hice mi llamada.

—¿Y todo está bien?

—Magníficamente.

Índice

- 11 Historia de la marsopa que baila charlestón
- 15 Aguacate
- 35 Historia de la pera simbolista
- 43 Teléfono
- 57 Mujer Maravilla contra los budistas que no cojen (por amor)
- 73 No es normal
- 79 Ese oscuro deseo del objeto (la pared)
- 81 Ese oscuro deseo del objeto (la cama)
- 85 Ese oscuro deseo del objeto (el teléfono)

87 Terapeuta

95 Conversación entre poetas



El infierno

vacío de Leonel P.

Mosqueda, se terminó de imprimir en agosto de 2017, en los talleres gráficos de VEI Visión e Impresión, S.A. de C.V., ubicados en Nogal núm. 51, colonia Santa María la Ribera, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06400. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Adriana Juárez Manríquez. Cuidado de la edición: Ada Villanueva Ramírez y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

